



CAMINOS *que inspiran*

Adolescentes y jóvenes



Directora de Plan International Ecuador

Rossana Viteri

**Gerente de Programas de Emergencias y
Acción Humanitaria**

Raquel Gavilanes

Coordinadora Proyecto ELLA Ecuador

Olga Gusqui

Entrevistas, redacción, edición y fotografía

Cristina Izurieta-Comunicadora Proyecto ELLA Ecuador

Concepto gráfico, diseño editorial e ilustración

Wendy Cevallos, Alicia Narváez - Tinta Roja

Nota de descargo: Las opiniones ofrecidas en este documento son de responsabilidad de sus autores y no reflejan la posición oficial de Plan International ni de ninguna de sus filiales a nivel mundial.

Publicado por Plan International. Todos los derechos reservados.
Quito, Ecuador, 2023



ÍNDICE

Introducción pág.8

Conclusiones pág. 81

DANNIELA

pág. 9



PAMELA

pág. 14



SARITA

pág. 19



ABRAHAM

pág. 24



MADELEIN

pág. 29



YNEZ MARÍA

pág. 34



KILVER

pág. 39



MELANY

pág. 44



ANDREA

pág. 48



JHON

pág. 52



JESSIMAR

pág. 57



OSCARY

pág. 61



DIEGO

pág. 66



ENYERLI

pág. 71



KEIMBILY

pág. 76



Antecedentes



En la actualidad, más de medio millón de personas de nacionalidad venezolana están asentadas en territorio ecuatoriano*. La movilidad de un buen número de niñas y adolescentes de ese país —en el transcurso de su ruta migratoria y más tarde en los países de acogida— generó riesgos relacionados con la vulneración de sus derechos a una vida libre de violencias, a la educación y salud de calidad, así como a la salud sexual y reproductiva, e incluso a la alimentación.

7

Plan International, con el financiamiento del gobierno de Canadá, creó el proyecto ELLA: Empoderamiento, Liderazgo Local y Rendición de Cuentas para Adolescentes y Jóvenes Venezolanas, con la finalidad de dar asistencia humanitaria a las poblaciones de migrantes provenientes de Venezuela, y a las de acogida en Ecuador, Colombia y Perú.

En esencia, el proyecto ELLA es una propuesta transformadora que busca el cambio de patrones socioculturales que limitan la capacidad de agencia y autonomía de las adolescentes y jóvenes mujeres a la hora de tomar decisiones libres e informadas sobre sus cuerpos, sus vidas y su sexualidad, con el propósito de disminuir el embarazo precoz y prevenir la violencia de género. Además, promueve la

modificación de roles y estereotipos de género con el involucramiento de niños y jóvenes varones en favor de la igualdad y la redistribución de responsabilidades—.

Plan International Ecuador** —organización de desarrollo y ayuda humanitaria que trabaja desde hace 60 años por los derechos de la niñez e igualdad de las niñas— y el proyecto ELLA, a través de un equipo multidisciplinario con experiencia previa de trabajo con población vulnerable, desde junio de 2022 han capacitado a niñas, niños, adolescentes y jóvenes, dotándoles de las herramientas y estrategias indispensables para actuar en situaciones difíciles, mejorar su acceso a los servicios nacionales de protección, así como al ejercicio de sus derechos.

Con la aplicación de metodologías probadas y técnicamente evaluadas para generar cambios y, entre esas, la denominada ‘Mis caminos de transformación’, el proyecto Ella en Ecuador ha logrado imprimir una significativa transición en la vida de 373 adolescentes mujeres y hombres: 173 de Venezuela y 200 de Ecuador.

El proyecto Ella se ha implementado en cuatro barrios de Quito, tres de Manta y dos de Loja*** y tiene como aliados estratégicos a los Ministerios de Salud, Inclusión Económica y Educación;

y a los Gobiernos Autónomos Descentralizados, entre otras organizaciones de la sociedad civil, con quienes coordinó una agenda multisectorial para responder a los requerimientos de la población migrante y refugiada de manera oportuna y eficiente.

Precisamente, ese trabajo cercano al programa del Ministerio de Salud Pública que promueve la conformación de clubes de adolescentes en cada territorio, ha permitido visibilizar las brechas e inequidades experimentadas por las niñas y adolescentes migrantes y refugiadas, no solo en el acceso a sus derechos de salud, sino también en el trato social recibido, en muchas ocasiones, discriminatorio y xenófobo.

La historia de cómo algunas chicas y chicos lograron superar estas experiencias negativas con el apoyo y recursos proporcionados por el proyecto Ella es el testimonio fehaciente de que el trabajo cumplido debe continuar.

* Grupo de Trabajo para Refugiadas y Migrantes (GTRM), (<https://www.r4v.info/es/ecuador>, versión actualizada al 10 de marzo de 2022.

**<https://plan.org.ec>

***Quito: La Gatazo, Carapungo, Zabala y Quitumbe; Manta: El Aromo, La Pradera, El Palmar; Loja: Loja Centro, El Valle.

...historias de personas en movimiento...

El proyecto Ella ha obtenido resultados tan positivos en la vida de las y los participantes que queremos compartirlos con nuestros lectores. Las 15 historias aquí narradas no pretenden ser únicamente los relatos acerca de la forma en cómo cambió la vida de un grupo de adolescentes y jóvenes, en su mayoría provenientes de Venezuela. El verdadero interés de este libro trasciende los límites de una transferencia de información acerca de historias de vida, con las que, sin duda, más de una persona podrá identificarse o sentir empatía.

Así, el propósito más ambicioso de esta publicación que resume las experiencias de vida de adolescentes y jóvenes es inspirar y sensibilizar a quienes las lean, con el ánimo de movilizarles a actuar en procura de empoderar y apoyar a las y los adolescentes y jóvenes migrantes y refugiadas/os, especialmente mujeres, para que sean decisoras y decisores de sus vidas. No solo como un acto de reparación sino, más bien, de compromiso para transformar nuestra propia visión y comportamiento ante quienes, —a lo mejor— por ser personas foráneas generan recelos, ya que se las advierte como diferentes o extrañas, sin considerar las causas que las forzaron a migrar a nuestro país.

Un cambio positivo es posible. Hemos trabajado durante 60 años en el Ecuador para conseguir ese objetivo, pero es necesario lograr conectar con más personas, de tal forma que se conviertan en las catalizadoras de un proceso en el que la procedencia, el color de piel o cualquier diferencia, no sean obstáculo para integrar a nuestra comunidad a las personas que se encuentran en una situación de movilidad humana, con todas las complejidades y riesgos que eso implica.

Ponemos a su disposición estas historias a fin de generar reflexión sobre un tema importante para nuestro país y región, esperamos que nos acompañe en esta ambiciosa meta.

DANNIELA

Una adolescente resiliente que irradia ternura y seguridad

“Si no habría llegado a este país, tendría miedo de expresar lo que pienso y siento en mi corazón. Sería muy diferente a como soy ahora. Ecuador es mi otro hogar, aquí me han enseñado y he aprendido mucho más que en mi país de origen”. Pocos podríamos imaginar que estas palabras cargadas de reconocimiento y afecto provienen de una chica venezolana de 14 años. Daniela fue víctima de bullying y discriminación por el color de su piel y su estrabismo durante su primer año en Loja. “Una ocasión en la escuela, cuando sonó la campana anunciando el fin del recreo, se me acercó una niña y de repente dijo: ¿A qué has venido aquí venezolana? Mejor te habrías quedado donde perteneces...eres muy negra”. Tan mal se sintió en ese momento que estuvo a punto de quebrarse, pero el abrazo de sus compañeras y compañeros preocupados por consolarla le hizo entender que, aunque viva en otro país, siempre encontrará personas buenas dispuestas a ayudarla. Solo era cuestión de tiempo.



El impacto de Plan International en su vida

Con aquel episodio, reconocerse diferente había disparado su inseguridad a niveles alarmantes, tornándola introvertida y poco amigable. Nada, por entonces, pudo haber hecho pensar que, tres años más tarde, experimentaría un cambio radical en su conducta. A Danniela le cambió la vida participar en uno de los clubes de adolescentes del Proyecto Ella, que impulsa Plan International en Loja. El aprendizaje obtenido a través de las charlas y talleres sobre movilidad humana, igualdad de género, derechos de las mujeres, gestión de las emociones, prevención de la xenofobia, derechos sexuales y reproductivos, entre otros, le ha dado las herramientas para vigorizar su capacidad de resiliencia y adaptarse a las necesidades que demanda el nuevo contexto en el que ahora vive.

Danniela ha aprendido a aceptar sus diferencias y las convirtió en fortalezas, ganó confianza para expresar con locuacidad sus ideas, es extrovertida, más segura de sí misma y perdió el miedo a participar o equivocarse. “En el club me han enseñado bastante, hasta mi mamá se sorprende y me dice: ¡Tú no eras así... cómo has cambiado en todo este tiempo! La verdad es que me fui abriendo más y conociendo a muchas personas ecuatorianas. Hoy, en el lugar al que llego hago amigas y amigos, tengo bastantes y me quieren como soy”.

Su gran capacidad para aprender y asimilar el conocimiento le ha facilitado para poder incorporar estas nuevas habilidades sociales a su práctica diaria y alcanzar un alto sentido de pertenencia, pues lo que más anhela es ser aceptada e integrarse a su entorno, en tal medida que, a momentos, incluso suele olvidar su procedencia. “Siento como que pertenezco aquí y hasta se me olvida que soy venezolana. A veces me preguntan de dónde soy y me suena natural contestar que soy de Esmeraldas

(provincia costera de mayoría afroecuatoriana). Sí, me gusta que piensen que soy ecuatoriana, eso me hace sentir incluida y parte de este país, aunque estoy muy orgullosa de ser venezolana. He descubierto que el intercambio entre las personas venezolanas y ecuatorianas trae riqueza, aprendizajes, nuevas formas de ver el mundo, nuevos colores y músicas”.

“La verdad es que me fui abriendo más y conociendo a muchas personas ecuatorianas. Hoy, en el lugar al que llego hago amigas y amigos, tengo bastantes y me quieren como soy”.



Grandes deseos de autosuperación

Danniela está tan identificada con el rol decisivo que ha desempeñado el club de adolescentes en su cambio personal que no en vano contempla como parte de su proyecto de vida ayudar a todas las personas que lo necesiten por medio de charlas y talleres en los que abordaría precisamente los temas que más le han conmovido y que ella archiva en su memoria con fidelidad asombrosa. Y, precisamente, Danniela, por su destacado liderazgo e interés, forma parte del grupo de adolescentes del club 'Marcando la diferencia' que fue capacitado por el proyecto ELLA, como facilitadoras y facilitadores para replicar lo aprendido a más jóvenes de la localidad.

Danniela es una adolescente que inspira ternura por su trato delicado y una tendencia innata a manifestar su cariño a la gente, empezando por su familia. Apenas ha iniciado el colegio, pues cuando llegó a Ecuador tuvo que descender un grado de la escuela debido al déficit de conoci-

tos que arrastraba. Algo que no le molesta pues, para ella, todo lo que sea aprendizaje es siempre bienvenido, asegura.

Es la última de seis hijos y, a pesar de ser la más pequeña, ha madurado notablemente por la convivencia con sus hermanas y hermanos mayores. "Sí... ellas y ellos me han mimado siempre y aún me miman mucho, pero como ya estoy más grande, me tratan como a sus pares. Eso me gusta y me da mucha confianza".

Le gusta ayudar en las tareas de casa, hacer manualidades, pintar y cuidar de las plantas. Aprecia el canto, pero más habilidades tiene para el baile y cree haber heredado el son musical de su mamá y papá. Su madre, quien también está vinculada al club de adolescentes como chaperona voluntaria, es el apoyo emocional de Danniela. Constantemente la anima a manifestar lo que siente y a poner en práctica las competencias y destrezas aprendidas.

En gran parte, es por eso que Danniela no dudó en aprovechar la oportunidad que se presentó con ocasión del matrimonio de su hermana de 20 años para dedicarle previamente una charla en detalle sobre los métodos anticonceptivos, y sus derechos sexuales y reproductivos. "Mi hermana me preguntó: ¿dónde aprendiste eso? Yo le expliqué que al club no iba solo a conversar y a hacer amigos, sino que iba a aprender y que era mi deber enfocar ese aprendizaje y tratar de ponerlo en práctica en nuestra vida diaria".

A esas mismas enseñanzas adquiridas acudió más tarde, pero, esta vez, para superar el dolor que le significó separarse de su hermana con quien mantenía un vínculo muy estrecho, y que luego de la boda se fue a vivir a la capital. "Siempre duele alejarse de alguien que ha vivido casi toda una vida contigo, pero sé que todos mis seres queridos se tienen que ir algún momento, crear su propio camino, incluso cuando crezca seguramente también me iré dejando a mis padres".

Sororidad y resiliencia, motores que impulsan sus acciones

Danniela llevó a la mejor amiga de su congregación religiosa al club de adolescentes ya que estaba convencida que allí le proveerían de las herramientas adecuadas para superar su introversión, tal y como ocurrió consigo misma. “La primera vez que fue le gustó tanto que participó activamente en la charla. Ella ha mejorado, es más abierta, habla más y se expresa mejor. Mis amigas y amigos la aceptaron inmediatamente y, ahora, conformamos un grupo en el que compartimos el conocimiento sobre temas que a muchos de nuestros padres y madres les cuesta explicarnos abiertamente”.

Danniela ha estado tan a gusto en el club de adolescentes del proyecto ELLA que le apena pensar en que acabe. Por ello, ya se anotó en otras iniciativas como la escuela de liderazgo de Plan Internacional, ahí también están varias/os amigas/os y eso la entusiasma mucho. Ella estima que todo cuanto aprendió ha cambiado no únicamente un aspecto en su vida, sino la vida misma. “Para mí, el club ha significado cosas completamente nuevas



y diferentes, como una aventura constante que la he disfrutado al máximo”.

Ahora, aprovecha el tiempo difundiendo el aprendizaje alcanzado entre todas las jóvenes de su salón de clases, les habla sobre sus derechos, les dice que no necesitan ser hombres para hacer un trabajo, ni un papel certificado para acceder al conocimiento, les persuade a creer en ellas mismas y ejercer el valor real del poder femenino. “Les cuento que yo pertenezco a un proyecto que se llama ELLA, de Plan International, a través del cual nos formamos poderosas, somos mujeres echadas p'lante, somos ‘bichotas’ (neologismo caribeño que significa tener el control, ser empoderadas), les digo”.

La portentosa retentiva de Danniela tan solo es comparable con la infinita gratitud que siente hacia las profesionales técnicas del Proyecto Ella, hacia Plan International y hacia el país de acogida: “En este mundo es necesario tener a más gente como ustedes porque ayudando a personas de otros países, influyen en nosotros para hacer lo mismo. Nosotros nos apoyamos en ustedes y adquirimos confianza para expresarnos”.

Es tal la capacidad de memoria de Danniela que no solo le permite almacenar in-

formación o retenerla, sino que le ayuda a devolverse así misma a la realidad o elevar su ánimo —cuando lo requiere— con inusitada eficiencia. De todos modos, como una ayuda extra, guarda en su móvil una foto del semáforo de las emociones cuyo uso aprendió en una de las sesiones de su club.

Ella sabe que para mantener alta su autoestima debe aceptarse como es y admitir todas las emociones que siente intentando mantener el color verde, aunque a veces la luz esté en rojo con su ánimo por los suelos o en el intermitente amarillo que no

termina por sacarla de su estado: “¡Todas las emociones son positivas solo hay que saber gestionarlas!”, dice.

Así, a través de lo que aparenta ser un juego, Danniela se esfuerza por mejorar cada mañana el aprecio que tiene por sí misma, el recurso más fuerte con el cual aportaría su granito de arena para hacer del mundo un espacio más acogedor y solidario, y así avanzar por un sendero seguro, iluminado por una brillante y perpetua luz verde.

¡Qué así sea! ¡Buen trayecto, entonces, dulce Danniela!



PAMELA

Su nombre es Pamela, aunque en el club de adolescentes le dicen Alexa (nombre del asistente virtual con el que se puede interactuar en internet), porque esta chica venezolana, que va a cumplir 14 años en diciembre 2023, es capaz de responder casi a todas las preguntas que le plantean sus compañeras/os. Su gran interés por investigar y aprender le ha permitido incorporar a su privilegiada memoria un bagaje de información y conocimientos sobre diferentes temas. “En una ocasión me preguntaron cuál es la temperatura del sol y como acerté en la respuesta empezaron a indagar un poco de cosas más. Siempre contesto con lo que me acuerdo haber leído en internet o visto en televisión. Aún de las comiquitas recuerdo lo que dicen los personajes y hasta el escenario donde se desarrolla la trama”.

Pamela es muy responsable en sus estudios y siempre está decidida a superarse. Por mérito académico, al poco tiempo de llegada desde Venezuela, estando en quinto de Básica fue

La niña que quiere ser libre como el viento



designada en su escuela como primera escolta de la bandera del Ecuador y participó en un desfile durante la fiesta cívica de Manta. **“Llevar la bandera de otro país en el que ni siquiera había vivido mucho tiempo y representar a una institución a la que apenas acabé de llegar ¡fue algo increíble!”**. En más de una oportunidad, gracias a su desempeño, ha sido escogida para intervenir en sendos concursos de oratoria y dibujo; incluso por uno de estos eventos estuvo a punto de viajar a la capital, pero no llegó más allá de la ilusión por no disponer de cédula de identidad. **“Igual, terminó yendo un compañero venezolano que sí contaba con el documento; me cambiaron por él...fue algo muy triste”**.

Así de triste ha venido siendo su estancia gran parte de los últimos cinco años, en los que ha sido sobreviviente de bullying, acoso y xenofobia, no solo de parte de chicas y chicos de su misma edad sino, también de personas adultas incapaces de tolerar la coexistencia con una adolescente, cuya única diferencia está en su gran inteligencia, a lo mejor su color de piel, su pelo ensortijado, su apariencia física.

Los duros momentos que le enseñaron a aceptarse

Cierta noche, la única preocupación que tenía Pamela en mente era mejorar la conducción de su bicicleta y mientras lograba mayor impulso con los pedales, su cabello sostenía una lucha aparte con el viento que, a esa hora, soplaba fuerte y constante. Sentía que avanzaba rauda como el mismo aire, se sentía libre, se sentía feliz, pero un desafortunado comentario minó ese mágico momento. **“Miren a ese gallinazo como monta veloz en bicicleta”**, dijo una mujer adulta. Pamela resintió el maltrato con dolor e impotencia, en ese momento y en ese sitio, ella era la única que andaba en bicicleta y al parecer estaba bastante despeinada, aunque eso en el fondo no le importaba.

Otros duros momentos afrontados en su corta vida han sido en el colegio. Un compañero un poco más grande que ella, publicó en el chat del grupo de estudiantes unas fotos de primates en las que hizo alusión a cómo, según él, lucía Pamela. En otro episodio, cuando toda-

vía cursaba octavo de básica, hace ya un año, una estudiante de otro curso le avisó que en la entrada al baño alguien había escrito un insulto denigrante, en aparente retaliación a que fue exonerada de rendir exámenes en algunas materias debido a su buen rendimiento escolar. Los padres de Pamela la respaldaron frente la institución educativa y taparon con pintura la leyenda escrita en los sanitarios, ya que poco o nada hicieron las autoridades del establecimiento para identificar a los responsables y menos resarcir el perjuicio ocasionado a la adolescente.

“Llevar la bandera de otro país en el que ni siquiera había vivido mucho tiempo y representar a una institución a la que apenas acabé de llegar ¡fue algo increíble!”



Aunque Pamela llegó a identificar a su detractora, optó por guardar silencio y no hacer olas como generalmente reaccionan las personas que sufren bullying. “Ahora sé que ellas son así porque quieren destacar, ese tipo de acciones yo las tomo como si no me afectaran y les digo: ¡Ay tú sí que te pasas! dice en clara muestra de su resiliencia y capacidad de reír de sí misma. “En realidad, no espero alabanzas y menos burlas o sarcasmo, simplemente quiero que no se metan conmigo, quiero andar tranquila, libre y feliz”.

El club, su lugar seguro

Si bien al principio de su primer año lectivo en la escuela Pamela se sintió sola y perdida porque, en las dos primeras semanas, solo una niña habló con ella, y la acompañó en el aula y en los recreos, una vez

en el colegio y, luego de transcurrido más de medio año escolar, más personas han aprendido a convivir con Pamela, algunas y algunos estudiantes han llegado a ser sus amigas y amigos. “Ya no me hacen bullying. Ellas y ellos más bien me ayudan, me defienden”.

El lugar donde Pamela realmente se siente más a gusto, tranquila y libre con su forma de ser es en el club de adolescentes que Plan International impulsa a través del proyecto ELLA en Manta. En cada reunión, se practica la no violencia y se procura mantener un entorno amigable; por eso, esta muchacha ha podido sociabili-

zar con muchas personas que antes no conocía.

“Aquí he aprendido lo que nunca antes acerca de la xenofobia, la igualdad de género, la

“En realidad, no espero alabanzas y menos burlas o sarcasmo, simplemente quiero que no se metan conmigo, quiero andar tranquila, libre y feliz”.



sexualidad y otros temas frecuentemente considerados como tabú en la familia y sobre los que yo recién me he ido enterando. He cambiado bastante, mi pensamiento está más abierto, ahora sé cómo actuar ante un caso de discriminación y para no olvidarlo releo el texto de mi Diario de Viaje*, incluso porque me atraen los dibujitos de las ilustraciones. He aprendido a aceptarme y a amarme como soy con mis debilidades y fortalezas”.

Su experiencia de vida y su paso por el club, a pesar de su corta edad, le han permitido desarrollar un alto sentido de justicia y, probablemente por eso, anhela convertirse en abogada para defender las causas más legítimas y honestas. “Si yo creo que una persona es inocente, seguro voy a agarrar su caso, pero si no lo es, ya se podrá ir con otro que lo defienda. Me daría penita enjuiciar a la gente, decirle: te vas a la cárcel... ¡No! ...al fin y al cabo cada persona tiene su corazón y eso es mucho...”.

Por lo pronto, Pamela se esfuerza por dar de sí lo mejor en los estudios, el francés

llama su atención y aunque en inglés fue la única que sacó un 10 sin mucho esfuerzo pues, se ayuda traduciendo en el móvil algunos textos de internet, no deja de tener sus dudas al respecto. “Yo ni el español termino de aprender, menos el inglés; en lengua y dictado tengo que repetir las oraciones como 20 veces en toda la hoja, porque me pasé ¡5 tildes!”, dice con la seguridad que tiene de siempre llegar a superar sus falencias.



A esta joven le encantan las manualidades y la decoración, le gusta hacer collares, estatuillas y muñequitas de plastilina, así como unicornios, siervos o lobos con material reciclable y cartón. Le atrae irresistiblemente coleccionar cosas chiquitas. Tiene dos cajas de puro papelitos y stickers, piedritas y letras... recuerditos, entre los que sabemos que nunca estarán los que merecen no recordarse para alivio de algunas conciencias.

Muchas personas deberían aprender de la capacidad de resiliencia y superación de esta adolescente. A Pamela, sin duda, se le debe más de una disculpa y en nombre de los que jamás se la pidieron, ni lo harán, lo hacemos a través de esta historia que esperamos mueva a la reflexión sobre las actitudes que muchas y muchos ecuatorianas y ecuatorianos hemos asumido frente a las personas migrantes y refugiados en nuestro país.

*El Diario de Viaje es el cuaderno de trabajo de la metodología 'Mis caminos de transformación', desarrollada por Plan International para el proceso formativo de las y los adolescentes en contextos de movilidad humana y de las comunidades de acogida, quienes participan en los clubes de adolescente implementados por el proyecto ELLA. El documento pone énfasis en igualdad de género, protección, salud y derechos sexuales y reproductivos.



SARITA

Ejemplo de sanación y resiliencia

Faltaban pocos días para que termine el año escolar y los jóvenes tenían que elaborar, como parte de un proyecto final, una máscara del Diablo Huma: capucha de dos caras multicolores que simboliza la dualidad del cosmos en el folclor ecuatoriano. La mayoría de adolescentes había dejado el trabajo para el último momento y manufacturarla en escaso tiempo se les hizo poco menos que imposible. Este fue el escenario en el que Sarita vio la posibilidad de aprovechar la oportunidad ofreciéndoles sus habilidades para confeccionarlas.

“¡Holaaa... yo hago máscaras a 5 dólares!”, les anunció, e inmediatamente llegaron los pedidos, incluso de otro curso. Sin embargo, la estrechez del tiempo y uno que otro regateo en el precio confabularon con la idea de negocio que pretendía utilizar los retazos sobrantes de la confección de limpienes de tela toalla de un emprendimiento de su madre, para elaborar las máscaras. Finalmente, vendió una e hizo la suya, pero más allá de lo que parece un magro resultado, está



la capacidad de Sarita para vender casi cualquier cosa. Ella trabaja y contribuye al ingreso familiar vendiendo los limpiadores, en los ratos libres que le deja el colegio.

Sarita tiene apenas 16 años, pero habla con locuacidad y razona como una persona mucho más madura que sus padres, tanto así que ejerce liderazgo en su grupo; les reúne, divide y asigna tareas cuando se trata de hacer trabajos en grupo, porque de lo contrario, dice, todas y todos confían en que otra persona hará el proyecto y finalmente nadie hace nada. “En cambio, si les digo: mira tú haces el cartel; tú, la parte teórica, y tú expones, el proyecto sale bien. Cuando los profes envían trabajos para realizar en grupo, la mayoría quiere ir conmigo: yo voy con la Gómez, yo voy con la Gómez..., pero cuando me preguntan con quién quiero ir respondo que con nadie y se me enojan”. Y aunque casi siempre escoge a sus amigas y amigos termina incorporando a otras compañeras y compañeros con dificultades de aprendizaje con el afán de integrarlos, asegura.

En lo personal, se considera una estudiante promedio y, a pesar de que no

es de las alumnas que sacan solo 10 en sus calificaciones escolares, sus profesoras/es la ven como una chica muy inteligente y aplicada al punto que, en el anterior año escolar, tanto en inglés como en filosofía fue exonerada de rendir los exámenes finales y el parcial de emprendimiento. “Sobre todo mi profesor de química está maravillado conmigo, los de filosofía e inglés son con quienes mejor me va y me halagan mucho”.

Su proceso de cambio

Más allá del desempeño académico, en la historia de Sarita se destaca la capacidad de superar circunstancias traumáticas que desde mucho antes de los 13 años perturbaron su corta vida: experimentó cuadros de ansiedad y depresión que pusieron en riesgo su integridad mental y física. Ante la impotencia y desconocimiento de cómo aligerar la intensidad de los episodios que padecía la niña, Gloria, su madre, no encontró más recurso que recurrir a la violencia, mal aconsejada, en muchas ocasiones, por parientes y vecinos.

Con el corazón en la mano, dice Gloria: “A una le aconsejan de verdad a lo bruto. Me decían, por ejemplo, que si le faltaba disciplina es porque necesitaba mano dura, y en mi angustia e ignorancia prefería darle una fuetera (golpiza) antes que lamentar que se haga daño o se mate”. Gloria recuerda que, por entonces, nunca reflexionó si como madre podía haber estado equivocada. “Tampoco me detuve a pensar que estaba criando un ser humano y no un animalito”, confiesa con genuino dolor y arrepentimiento.

No fue sino hasta que, por recomendación del colegio, Gloria buscó ayuda en Fundación Tierra Nueva* para atender el caso de Sarita. Allí, durante un año de terapias, le proporcionaron las herramientas que le hicieron entender que Sarita necesitaba atención médica y psicológica, así como medicación continua para compensar la deficiencia de su organismo en la producción de ciertas hormonas que mantienen al ser humano estable. “Y eso era lo que pasaba, no que fuera una mala niña ni una mala persona. Nada de eso”, afirma la madre.

Al principio, el medicamento le producía mucho sueño y, en ocasiones, se dormía en clase, pero, a pesar de tener problemas por ello con algunos docentes, nadie se explica cómo lograba mantenerse al tanto de las materias dictadas. El testimonio de su profesor de Química lo confirma: “Yo no sé cuál es el problema de la señorita, lo cierto es que doy la clase y, así medio dormida, ella ve todo el ejercicio, pasa al pizarrón y lo desarrolla tal cual”.

Por el estado de vulnerabilidad en el que se encontraba Sarita también fue víctima de bullying, y violencia basada en género, y hasta de un intento de abuso. Estas situaciones intensificaron su cuadro depresivo, pero aún en estas terribles circunstancias prevaleció su amor propio y pudo controlar las emociones que la agobiaban. “Me dije: no es justo que siga sufriendo por aquellos que me hicieron daño, entonces decidí perdonarlos, sin justificarlos, y reenfocar mis pensamientos y energía en ayudar a otra gente que haya pasado por lo mismo o peores cosas. Yo les puedo entender, les puedo aconsejar. Esto me ayudó mucho a dejar de lamentarme”.

Sarita reconoce que nada de esto habría sido posible sin el tratamiento psicológico recibido a tiempo y sin el posterior apoyo psicosocial otorgado por parte del proyecto ELLA de Plan



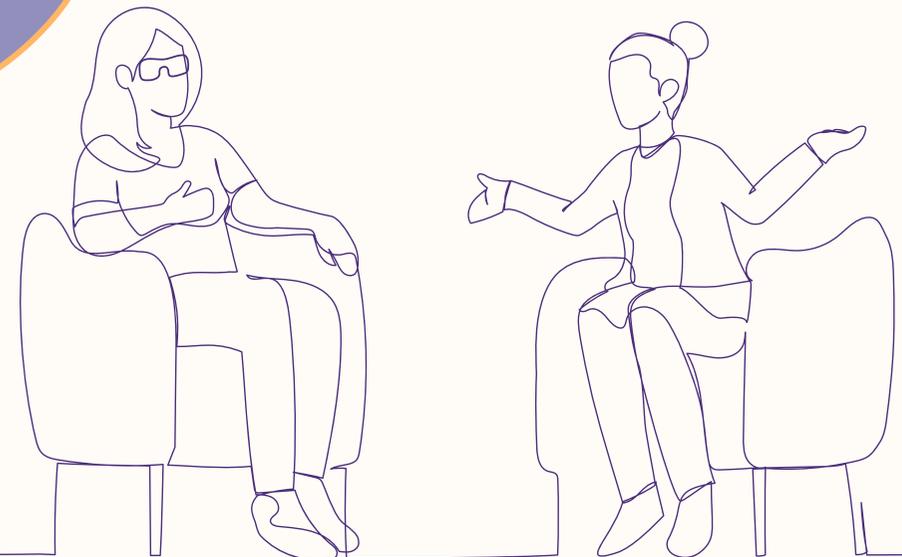
El perdón y el amor

International Ecuador. También considera fundamental su integración al club de adolescentes 'Círculo de Panas', en donde aprendió, entre otras cosas, sobre sus derechos, acerca de sexualidad y autoestima. Todo en conjunto, afirma, actuó como terapia de sanación, por eso no duda ni un instante en recomendar a las y los jóvenes a que se involucren en los temas que Plan International pone a su disposición. "Además, todo el mundo, así se sienta bien, debería acudir al psicólogo, no porque se crea que está loco sino porque es indispensable para su bienestar y salud mental, tal y como ocurre cuando acudimos al médico para un chequeo de rutina".

La violencia psicológica basada en género y el bullying son —a criterio de Sarita— los principales riesgos a los que está expuesta la juventud, especialmente las mujeres. A través de las redes sociales reciben menosprecio, humillación y son aisladas por sus pares si no se ajustan a los estereotipos, o no cumplen los retos impuestos para convertirse en virales con el afán de obtener el reconocimiento público. Ella considera que los padres, madres y personas adultas deberían interesarse más por las y los adolescentes, ser más compren-

sivos, juzgar menos e indagar más, única forma de generar confianza para que sus hijas e hijos se atrevan a contarles qué tipo de violencia están sufriendo, sin temor al regaño y el castigo. Sarita pone

"Además, todo el mundo, así se sienta bien, debería acudir a un/a psicólogo/a, no porque se crea que está loco sino porque es indispensable para su bienestar".



como ejemplo el caso de una amiga: “Ella tomó una foto de su cuerpo un poco descubierto y la subió a sus estados en las redes sociales, las y los compañeros de colegio le empezaron a calificar de tal y cual, entonces ella le contó a su mamá y lejos de comprenderla y apoyarla, le dio una paliza”.

En consecuencia, Sarita razona —convencida— que la juventud necesita ser escuchada y no juzgada por sus padres y madres, por eso le parecen súper bien hechas las reglas de su club de adolescentes: no juzgar, no interpretar y no sermonear. Deberían aplicarlas en casa —sugiere optimista— y añade: “Ojalá todos los papás y las mamás pudieran acudir a espacios como los talleres de crianza positiva de Plan Internacional, porque no hay un manual que les enseñe a ser buenos padres y madres, entonces nadie lo hace bien, cuando más lo hacen mal o terrible. Entonces, sería genial que las personas adultas aprendan a ser padres y madres”.

El perdón beneficia a quien lo da, pero también a quien lo recibe, dice Sarita, y ella lo ha hecho con su madre y, como

prueba de ello, ahora la considera junto a Christopher, su enamorado, como las personas en quienes se puede apoyar y por quienes siente cariño verdadero.

“Sé que mi mamá ahora está más centrada en la realidad, entiende mejor sobre salud mental y, aunque se enoja,

en lugar de juzgarme y pegarme, me ayuda. Puedo afirmar que en esta etapa de mi vida soy feliz, no digo que todo el tiempo pase riéndome ¡no!, pero, soy feliz. La mayor parte del tiempo estoy tranquila, aunque todavía tengo mis fallas, pero sé cuándo debo pedir ayuda”.

¡Enhorabuena por esta niña!



ABRAHAM

Cruzar las fronteras entre Venezuela y Colombia, y entre el vecino país del norte y Ecuador, es una travesía inimaginable para cualquier chico de apenas 15 años y más si lo hace sin compañía de una persona adulta, pero para Abraham (ahora de 18 años) no había alternativa, era eso o continuar separado de su familia que ya había emigrado hace tiempo, por ello no dudó en poner en riesgo su propia seguridad con tal de reencontrarse con su madre y sus hermanos en el puerto ecuatoriano de Manta.

El trayecto por Colombia no fue nada fácil y estuvo plagado de infortunios: tuvo que pagar a personas vestidas de militares para que le dejaran continuar la ruta porque le amenazaron con enviarlo de regreso a Venezuela por transitar solo en su condición de menor de edad. Allí dejó los últimos 20 dólares que cargaba para costear un viaje que finalmente tardó cuatro días. Ya en Rumichaca, en la frontera del lado ecuatoriano, y como si no hubiera sido suficiente la experiencia vivida hasta entonces, el primero de los guías, pa-

Su vinculación con el activismo comunitario



gado previamente por su madre para que le ayudaran a internarse en territorio ecuatoriano, no apareció nunca y el joven quedó abandonado a su suerte.

Pero, así como hay personas que se aprovechan de la situación de los migrantes, también hay otras que se solidarizan con ellos y ese fue el caso de un ecuatoriano que acompañó al muchacho y pagó su transporte. Abraham recuerda el hecho con gratitud profunda. *“Tampoco encontré al segundo guía, pero sí a este señor que era buena gente y casualmente viajaba hacia Manta, entonces se ofreció acompañarme, nada más me preguntó si tenía cédula de identidad y como yo tenía la de ecuatoriano me dijo que con esa pasaba. De ahí cogimos un taxi hasta Tulcán. El señor pagó mi pasaje a Quito y de allí a Manta. Ya aquí, mi madre le repuso lo que él había gastado”.*

Pudo ser esta la experiencia que forjó el carácter del joven o a lo mejor la fuerza catalizadora de la que afloró una cualidad innata de liderazgo. Lo cierto es que, luego de su reinserción en el sistema educativo, Abraham, ecuatoriano de nacimiento que vivió desde el año de edad hasta los 15 en Venezuela, sintió profunda atracción por el activismo comunitario, algo tan fuerte que

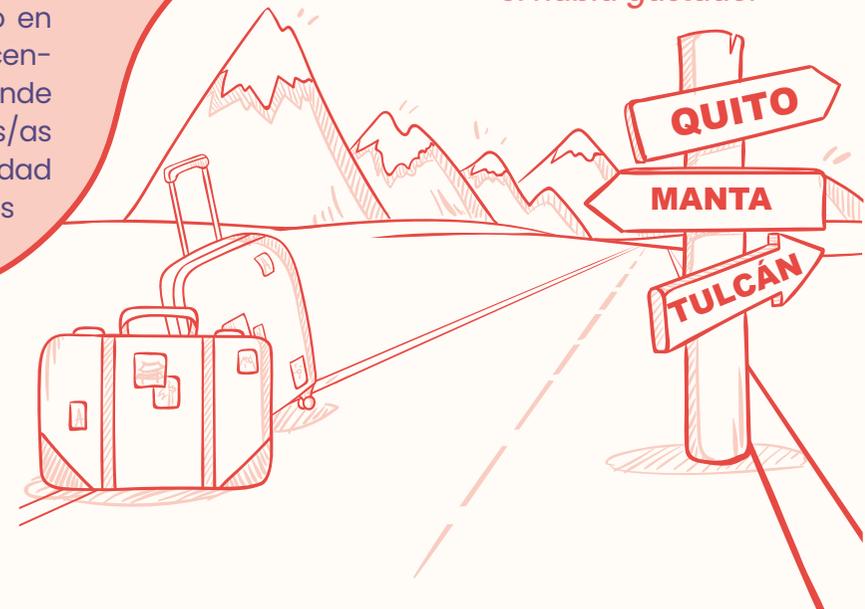
lo llevó a vincularse con algunos clubes de jóvenes.

En la actualidad, forma parte del club de adolescentes ‘Juntas y juntos es mejor’, uno de los nueve que Plan International mantiene en Manta, Quito y Loja. *“En este club, me adentré profundamente en temas de derechos humanos, derechos de salud sexual y reproductiva, en igualdad de género, autoestima y otros a través de la metodología ‘Mis caminos de transformación’* que para mí es una muy buena guía”, dice Abraham.*

También, estuvo en el club ‘Jóvenes del Cambio’, del Municipio de Manta, ahí colaboró en la pintura de murales, en la limpieza de la playa y de las calles, intervino en la entrega de kits de alimentos y ropa a las personas necesitadas, así como en charlas entre jóvenes. En el club del centro de salud de la parroquia rural en donde Abraham vive, fue elegido, junto a otros/as adolescentes, como líder de la comunidad para trabajar especialmente en varios proyectos que benefician a jóvenes de esta zona rural de la parroquia San Lorenzo.

En dos oportunidades participó en la cumbre ‘Manta Joven’, evento desarrollado por el Municipio de Manta, en el que tanto influencers y medallistas olímpicos/as de Ecuador, y hasta ganadores de concursos como Máster Chef, contaron sus historias de vida y de cómo lograron alcanzar el éxito con o sin ayuda. Esta experiencia le llevó a plantearse una reflexión que ahora guía en gran medida su vida: *“Si ellos/as pudieron... ¿por qué yo no?”*

“El señor pagó mi pasaje a Quito y de allí a Manta. Ya aquí, mi madre le repuso lo que él había gastado.”



El líder de la colmena

Abraham es el presidente del tercer año de bachillerato de la única unidad educativa de su localidad. En su curso, ejerce liderazgo y goza de la confianza de la mayoría de sus compañeros/as. “Somos como una colmena, en donde, si algo pasa a alguno de sus miembros, todas y todos debemos acudir en su ayuda, también nos mantenemos pendientes del comportamiento de grupo para no afectar la relación con los profesores/as y el establecimiento” dice a pocos meses de abandonar las aulas colegiales.

También, fue vicepresidente del Consejo Estudiantil de su colegio y, como tal, promovió actividades recreativas, tanto para el alumnado como para maestras y maestros. A su criterio, lo mejor es llevar la fiesta en paz. “Las alumnas y los



alumnos muchas veces no reclaman a las y los docentes porque sienten temor de que les regañen o afecten sus notas, pero creo que uno tiene que decir lo que siente, si otras y otros no lo hacen, yo no tengo miedo de hacerle frente, todo por mejorar las relaciones entre ambas partes; si a las y los estudiantes se nos pide mejorar, pues igualmente al cuerpo docente”.

Estas son algunas de las cualidades por las que Abraham fue escogido por el proyecto ELLA de Plan International como uno de los seis jóvenes representantes de Ecuador para el encuentro multipaís de adolescentes provenientes de Colombia, Perú y Ecuador, de noviembre 2023 en Bogotá, Colombia. Él recuerda —a propósito— que durante el proceso de selección respondió a los cuestionarios de manera fiel a sus propios pensamientos. “La verdad no se me hizo complicado responder con mi punto de vista lo que yo realmente pienso, nada previamente memorizado, porque uno tie-

ne que saber reaccionar de una manera asertiva y apropiada”, afirma sin titubear ni un instante.

Eso sí, reconoce que el representar a Ecuador en el evento es un compromiso que más allá de la emoción y el entusiasmo ha requerido de sí mismo una preparación a conciencia y, por ello, no ha dejado librado a la improvisación ningún detalle. De tal manera que, en los meses previos, reforzó los recursos de oratoria que aprendió en el colegio para hablar en público. “Un profesor nos dijo que aprendamos a exponer un tema, no solo porque es importante para obtener buenas calificaciones, sino porque nos servirá en la universidad y en otros momentos de la vida para difundir nuestros trabajos, proyectos y pensamientos, no siento pena (vergüenza) de exponer frente a un auditorio”.

El proyecto de vida

Durante su paso por el club de adolescentes del proyecto ELLA, y como parte de las estrategias y dinámicas implementadas por Plan International en el proceso formativo de adolescentes, Abraham esbozó su plan de vida y cómo encauzar sus propósitos.

Él es muy bueno para las matemáticas y pensó estudiar Arquitectura, pero su familia no tiene los recursos para costear la carrera que demanda tiempo completo. Tiene un plan B: trabajar para financiar sus estudios, pero esta vez, de seguridad cibernética, una de las nuevas carreras de las que tuvo conocimiento en un taller a cargo de técnicos de una universidad privada de Quito, la capital. Está muy interesado en ella, aunque para cumplir su propósito tenga que separarse de su familia y de su casa en Manta.

Conseguir un trabajo y hasta una beca que le permita seguir estudiando es el objetivo a corto plazo, pero admite que no se alejará de los suyos para toda la vida, porque al final de la carrera terminará regresando a su tierra ya que allí anhela crear una fundación de ayuda para los animales de la calle: perros y gatos.

Abraham tenía 8 gatos y 2 perros. En principio, fueron 4 los felinos a su cargo, pero un buen día al regresar del colegio, el número se había duplicado pues su gatita parió en ese lapso. Entonces, su gran sensibilidad y empatía con los animalitos, le llevaron a la búsqueda de personas responsables que quisieran adoptarlos.

Lo cierto, es que Abraham se esfuerza, en toda acción y proyecto que emprende, por ser cada vez un mejor ser humano e imprimir su huella en el planeta, y eso hace la diferencia.

*'Mis caminos de transformación' es la metodología que utiliza el proyecto ELLA para fortalecer la agencia y empoderamiento de adolescentes y jóvenes en contextos de movilidad humana y de las comunidades de acogida, quienes participan en sus clubes de adolescentes. El documento pone énfasis en igualdad de género, protección, salud, y derechos sexuales y reproductivos.

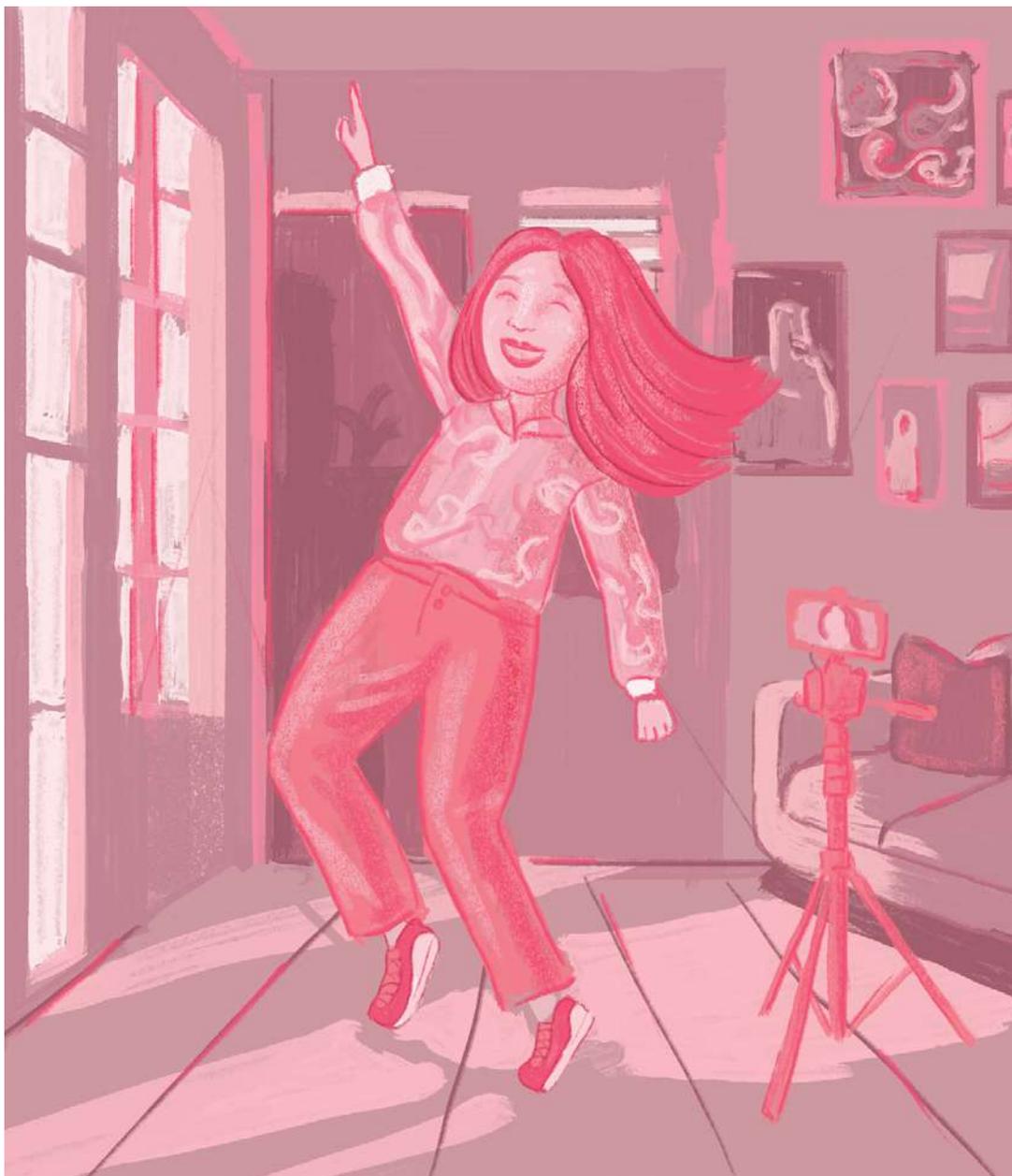


MADELEIN

Encontró en Ecuador un mejor presente, y un futuro prometedor para ella y su familia

Es un día entre semana, poco antes de las 10:00. En la pequeña sala-comedor de su departamento —al norte de Quito— aprovechando la ausencia de papá que está trabajando, de mamá que se concentra en organizar el material para su emprendimiento y de los hermanos que están en el parque, Madelein (15 años) baila al son de una canción en inglés. Intenta grabar un Tik Tok con una coreografía espontánea, de esas que simplemente le salen apenas su mente empieza a disfrutar la música y su cuerpo siente las vibraciones, tan espontánea y alegre como es ella misma casi en todo momento, con una sonrisa que enternece, y expresa lo cómoda y contenta que se siente. El arribo de la anunciada visita no le molesta, es más, le gusta tener público nuevo que le diga sinceramente si su baile es o no bueno. **¡Sí que es bueno, tiene tanto ritmo y se nota la pasión que le imprime!**





Madelein se ve a futuro como una instructora de danza para niñas en cualquier lugar del mundo, mejor si es Suiza, España o Argentina, dice francamente, pues sueña con que alguien descubra su potencial a través de las redes y la invite a recorrer el planeta perfeccionando y difundiendo este arte. La facultad de medicina también está entre sus opciones, pero quizá ahora, por su juventud y energía, el baile es lo que más llama su atención.

“Me gusta la danza, en Venezuela practicaba de lunes a viernes, y el domingo me presentaba con mi grupo en la iglesia del barrio, bailábamos hasta el cansancio y eso me hacía muy feliz”, cuenta Madelein. Ingresar a una academia de baile está entre sus prioridades, ahora la tarea es buscar en dónde tomar clases por la mañana porque en la tarde va al colegio. Las vacaciones escolares, cree, son siempre un buen momento para empezar.

Las eventuales clases de danza, el asistir a un colegio en donde se siente acogida y tiene un buen número de amigas y amigos, el pertenecer a un club de adolescentes con jóvenes de varios sectores del norte de la ciudad y la estabilidad económica alcanzada por su familia son motivos poderosos que llevan a Medelein a decir: “estoy súper que mega feliz en Ecuador”.

Cuando la familia decidió salir solo lo contaron a los abuelos maternos, como escapando de la envidia y los malos augurios, comenta la adolescente. “Han pasado cuatro años, he crecido y madurado y, algo muy importante, he recuperado la tranquilidad, la paz mental como se dice. Es extraño, y triste también, que en otro país haya llegado a sentirme mejor que en mi propia tierra y con mi gente. A Venezuela solo volvería para visitar a mi abuela, mi abuelo ya falleció lejos de nosotros”, cuenta esto último con tristeza.

El proceso migratorio

El 19 de agosto de 2019, Madelein junto a su madre, sus dos hermanos y su hermana —ahora de 18, 10 y 7 años— luego de un largo y duro trayecto que les tomó siete días desde Maturrín, en el estado de Monagas, al norte de Venezuela, finalmen-

te llegaron a Ecuador. “El viaje fue difícil, pasamos por trocha, llena de piedras y palos movedizos, fue lo peor de la vida. Nos decían insistentemente que, si nos caíamos al río, la corriente nos iba a llevar y nos ahogaríamos, eso nos llenaba de miedo, casi terror, pero mi mamá nos daba ánimo para avanzar”.

El solo hecho de cruzar la frontera colombo-ecuatoriana, en palabras de Madelein, les devolvió el alma al cuerpo. Recibieron ayuda y abrigo porque en Tulcán, primera ciudad ecuatoriana al norte del país, el frío es tal (7-11°C) que cala hasta

los huesos, y más para ellos que vienen de una tierra caliente, con un clima tropical húmedo (21 - 32°C). Desde ahí viajaron en un bus hasta Quito, las últimas cinco horas de trayecto.

“El viaje fue difícil, pasamos por trocha, llena de piedras y palos movedizos, fue lo peor de la vida”.



La ilusión de que las cosas se pondrían mejor no les abandonó durante el trayecto hasta encontrarse con su padre, quien, con apoyo de un familiar, había migrado un año antes para buscar trabajo, amoblar una casa, mandar dinero a Venezuela tanto para la manutención como para ahorrar lo suficiente y sustentar el viaje hacia Ecuador del resto de la familia.

Y en efecto, una vez instalados, las cosas mejoraron para ellos. Atrás quedaron los días en que una sola comida diaria alimentaba a la familia, ahora el empleo estable de su padre y la elaboración de manualidades bajo pedido que hace su madre, y que promociona por Facebook, les permite comer tres veces al día, ir al colegio, adquirir los útiles escolares, pagar la renta y comprar ropa nueva. “El duro proceso de migración—que, si lo sabíamos antes, creo que no lo habríamos realizado de esa manera— finalmente valió la pena”, dice la adolescente.

“A veces hablo con mamá sobre el difícil pasado, el presente y el prometedor fu-

turo, y le agradezco por lo valiente que fue al arriesgarse a viajar sola con dos niñas y dos niños, ella es el mejor ejemplo de decisión y fortaleza que tenemos”. Madelein, su mamá y su hermana menor son parte de las 236 mil niñas y mujeres venezolanas en Ecuador, de un total de 502.514 migrantes de ese país*.

La adaptación

El primer año no ingresaron a estudiar, a la madre le costó conseguir cuatro cupos en la misma institución para todos sus hijos e hijas—que se cuiden y acompañen mutuamente era muy importante para ella—. Finalmente lo logró, están en una unidad educativa pública relativamente pequeña, cerca de casa. “Quiero terminar en el mismo colegio, aunque sí que son estrictos: no podemos llevar piercings durante clases, ni el cabello pintado; tampoco usar el celular, y eso está bien, allá vamos a estudiar, y a compartir con las amigas y los amigos. Al igual que en casa, las reglas son necesarias, nos hacen respetuosos de los espacios y de las personas”.

Cuando ingresó a 8vo año de educación básica—ya cursa Primero de Bachillerato— dice que era “algo antisocial”, las primeras en acercarse fueron las estudiantes venezolanas, pero ahora tiene más compañeras y compañeros, su mejor amiga es ecuatoriana. “Espero que para los siguientes años todas y todos siempre retornen al colegio y no nos separen de aula, en todo caso el recreo siempre es un buen momento para compartir”.

“Espero que para los siguientes años todas y todos siempre retornen al colegio y no nos separen de aula, en todo caso el recreo siempre es un buen momento para compartir”.



‘Nueva Juventud’, su club de adolescentes

Plan International, mediante el proyecto ELLA, impulsa nueve clubes de adolescentes en las ciudades de Quito, Loja y Manta. Medelein es parte de uno de estos espacios que funciona en un barrio al extremo norte de la ciudad, en donde ha llegado a conocer a los 22 adolescentes de Ecuador y Venezuela que también asisten.

“Lo he sentido como un lugar seguro para hablar libremente, dar mi opinión y compartir, todos participamos. Un club es para eso, para integrarse, para ayudarse, para trabajar en equipo”. Algo importante, añade, es que en este espacio aprendió a ser más sociable y a hablar en público. Lo que ahora conoce sobre derechos humanos, sexuales y reproductivos, métodos anticonceptivos, xenofobia, autoestima y otros temas, piensa que son enseñanzas para toda la vida.

“Quisiera que el club nunca acabe para que mi hermana y hermano pequeños también se unan y aprendan cómo actuar, a dónde ir, dónde llamar si necesitan protección, pedir ayuda o hacer valer sus derechos, aunque me tienen a mí que me aprendí muy bien la lección”, termina entre risas, lista para salir al parque frente a su casa y posar para las fotos que acompañan esta historia.

* R4V: Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes Venezolanos, liderada en conjunto con ACNUR y OIM en Ecuador.



Ynez María

**Ejemplo de liderazgo,
empatía y solidaridad**

Mimoso, un oso polar; Quiqui, un oso pardo; y Chochó, un perro, son los únicos tres peluches que Ynez María (15 años) pudo traer a Ecuador desde Santa Ana de Coro, al occidente de Venezuela, desde donde llegó con su madre y hermano hace poco más de un año para instalarse en Loja, al sur de la región interandina del país, sumándose a las más de 514 mil personas venezolanas asentadas en Ecuador*. Vive en un departamento ubicado en un tercer piso desde donde tiene una vista privilegiada de la ciudad, un paisaje que le inspira tranquilidad y cierto sentido de pertenencia, dice.

En su país, su madre trabajaba muy duro y ganaba poco, cuenta la adolescente. Una tía, cuya hija ya había migrado a Ecuador hace siete años, le habló de mejores oportunidades laborales y nivel de vida en este país. Se arriesgó a viajar primero sola, dejando a los dos hijos con el papá. En seis meses se estableció, rentó una casa, reunió dinero y regresó a Venezuela para recoger a Ynez María y su hermano, y retornar con ellos al nuevo hogar.

Jennys, la madre, aún no ejerce su profesión en Ecuador, tiene previsto realizar, en breve, cursos de





actualización. Mientras tanto, al igual que el 21% de personas venezolanas con un trabajo formal dentro del país**, trabaja en la panadería de un familiar y pone en práctica sus conocimientos de repostería, otra actividad que le sale muy bien y le encanta, comenta la hija.

“En Venezuela, dejé mis instrumentos musicales: la flauta y el cuatro, mis juguetes de la infancia, algunos libros. Son cosas que podré algún momento recuperar o reemplazar, pero a mis peluches no los podía dejar porque crecí con ellos, cada uno tiene un significado especial y mantienen vivos algunos recuerdos de las personas que son importantes para mí, como mi padre”, dice Ynez María con madurez y algo de nostalgia.

En su cuarto —el primero solo para ella que tiene en su vida y que lo considera sinónimo de libertad y privacidad— Mimoso, Quiqui y Chocho ocupan un lugar privilegiado, junto a los numerosos libros que, meticulosamente ordenados en un anaquel, testifican que la lectura es uno de sus grandes pasatiempos. Tan solo ingresar a su habitación, en cada detalle es posible percibir sus prioridades, sus sueños y anhelos, y la dulzura de su forma de ser. “Tener mi propio espacio sí que es una sensación nueva y maravillosa para mí, puedo quedarme leyendo hasta tarde, conversar por teléfono sin que nadie más me escuche y oír música sin audífonos”.

Ingresar al colegio apenas llegaron a Loja fue para ella un gran paso, también un gran cambio. “Me sorprendió que aquí cada estudiante tiene sus propios libros, en Venezuela solo tenía el profesor y había que coger dictado o copiar de la pizarra. Tampoco era fácil conseguir material para los trabajos prácticos, había que reciclar lo que se encontraba por ahí. Claro que eso es bueno, pero a veces en casa ya no quedaba nada para reutilizar; sacar fotocopias era caro, no se diga el internet”, relata al tiempo de explicar que la lista de cambios es aún más larga.

En efecto, Ynez María, en los pocos meses que va al colegio ya ha estado en presentaciones de canto, en una obra de teatro y hasta en un reinado dentro de un evento cultural, confiesa con naturalidad la adolescente que, además, sabe nadar con estilos, baila ballet y pinta, habilidades que aprendió desde muy niña en su ciudad natal. “Me he adaptado al colegio, quiero terminar ahí el bachillerato, las profesoras y profesores ya me conocen bien, por cosas buenas, no por nada malo”, aclara.

La solidaridad como lema

Al conversar con Ynez María es fácil identificar sus tintes de liderazgo. “Posiblemente llegue a ser una líder, me gustaría sí, estoy trabajando muchos detalles en mi personalidad como es la empatía, por ejemplo, básico para ser una líder equitativa, respetuosa, no una jefa”, dice al tiempo de contar lo importante que para ella es buscar el bienestar de las personas que le rodean.

“Me gusta colaborar, las otras personas antes que yo”. Y, así es: en su club de adolescentes ‘Marcando la diferencia’ —uno de los nueve que Plan Internacional implementa en Loja, Quito y Manta a través del proyecto ELLA, y que acogen a 264 adolescentes— Ynez María es quien se preocupa que haya sillas suficientes, o sino las busca; que todos tengan el material de trabajo necesario; también ayuda a repartir el almuerzo. “Cuando cada participante tiene su refrigerio me ocupo de mí. Yo puedo esperar, no me pasará nada es mi lema”.

Tal vez su anhelo de ayudar es innato, lo heredó o lo fue aprendiendo espontáneamente de su papá y mamá, pues creció viendo a su madre enfermera y a su padre bombero ejerciendo actividades de servicio comunitario. Incluso durante el proceso migratorio, cuenta, su mamá atendió a muchas personas venezolanas. “Mi hermano (20 años) y yo colaboramos repartiendo agua, limpiando heridas, dando medicamentos o alimentando a niñas, niños, mujeres y hombres que, al igual que nosotros, también estaban migrando con el mismo sueño: una mejor vida y un mejor mañana”.

“Cuando cada participante tiene su refrigerio me ocupo de mí. Yo puedo esperar, no me pasará nada es mi lema”.



Labrando el futuro

Plan International pone énfasis en guiar a las y los adolescentes con quienes trabaja para que elaboren su proyecto de vida, enseñándoles a marcar la hoja de ruta que guiará sus pasos. “A mí, la verdad, me encanta hablar de mi proyecto de vida, primero terminar el bachillerato, luego ir a la universidad a estudiar psicología o derecho, trabajar, formar un hogar”. Ynez María quiere, además, generar los suficientes ingresos para comprar un rancho para su papá, mejor cerca de ella, en el mismo país en donde haga su vida, ya sea Venezuela si regresa, Ecuador o donde la vida le lleve.

“En algún momento quiero casarme y formar una familia. Eso sí, lo será en el momento adecuado, cuando sea una profesional, esté mental y económicamente estable, creo que eso será indispensable para

dar una buena vida a las personas que traiga al mundo”.

Cumplir sus metas y sueños sabe que no será sencillo, por ello se esfuerza mucho en el colegio y trata de desempeñarse bien y mejorar en todas las disciplinas. Está abierta a aprender todo lo que se le ponga al frente. “Uno debe saber muchas cosas, posiblemente algo de lo que sepas te puede ayudar en algún momento a salir adelante en la vida”, reflexiona mientras mira a su madre como intentando ponerla de ejemplo.

Su paso por el club de adolescentes del proyecto ELLA también ha sido una fuente de aprendizajes. A lo asimilado sobre identidad y sexualidad, le suma el conocimiento sobre sí misma.

“Me encanta hablar de mi proyecto de vida, primero terminar el bachillerato, luego ir a la universidad”.



“Algo más que aprendí, y que lo pongo en práctica a diario, es la importancia de no estigmatizar a la gente con etiquetas que les coloca la sociedad, hay que aceptar a las personas como son”, enfatiza.

Los primeros logros

Mientras la conversación continúa, disfrutamos el espagueti a la boloñesa que Jennys preparó para el almuerzo, sentadas sobre el impecable suelo del área social de su casa, aún sin muebles que no son la prioridad de la familia en este momento.

“En Venezuela, la verdad nunca dejamos de comer, pero siempre había el miedo de algún día no tener con qué comprar o cómo comprar alimentos”, recuerda la adolescente. Ella aún no deja de sorprenderse por la facilidad que ahora tienen para acceder no solo a víveres, sino a ropa y artículos de aseo, principalmente.

Ynez María se apresura a terminar su plato, apenas le queda tiempo para ce-

pillarse los dientes y acicalarse frente al espejo. Se ve tranquila, segura y relajada, aunque en pocos minutos tiene una cita muy importante: una reunión virtual clave con el equipo del proyecto ELLA de Plan International Ecuador y decenas de jóvenes ecuatorianas/os y venezolanas/os radicados en el país.

Resulta que Ynez María, con sus conocimientos y anhelos a cuestas, fue postulada para conformar el grupo de seis adolescentes que en representación del país viajaría en noviembre de 2023 a Bogotá para el encuentro multipaís de adolescentes de Ecuador, Perú y Colombia.

¿Y cómo le fue?... pues excelente, ¡lo logró! Bien por ella y bien por Plan International Ecuador que tiene en Ynez María a una representante extraordinaria.

* R4V: Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes Venezolanos, liderada en conjunto con ACNUR y OIM en Ecuador.

** Informe publicado el 28 de julio del 2022 por el Grupo de Trabajo para Refugiados y Migrantes (GTRM).

“Algo más que aprendí, y que lo pongo en práctica a diario, es la importancia de no estigmatizar a la gente por etiquetas”



KILVER

En intensa carrera por descubrir sus pasiones

A un día de la final del campeonato de fútbol del colegio, Kilver (17 años), como buen seleccionado de su curso, practica en el arco sur de la cancha del parque principal de Carapungo, más conocido como el parque de la juventud por la alta visita de jóvenes de este barrio ubicado al norte de Quito, que a diario acuden a practicar diversos deportes y actividades al aire libre, más aún bajo el intenso sol de los primeros días de verano y la refrescante brisa de los vientos típicos de esta época.

“Si ganamos el campeonato, el premio para todo el equipo es una buena nota final en la materia en la que estemos más bajos, sin mencionar las ventajas para quien meta el gol del triunfo”, explica Kilver con una gran sonrisa como justificando el entrenamiento en tiempo extra. Aunque sí es un estudiante con buen nivel académico, nunca está por demás una ayuda, reconoce. “No creo que soy el mejor estudiante, pero si soy el más sociable del colegio, en eso nadie me



gana. Siempre, he buscado la manera de ser positivo y llevarme bien con todo el mundo. Hay que aprender a entender a la gente que no piensa o actúa igual que uno”, reflexiona con acierto.

El proceso migratorio, la más dura experiencia

El deporte es para Kilver parte de su día a día. Él es un chico atlético, bastante alto, estatura que le ayuda también en el básquet. “Hace cuatro años, yo tenía 13, cuando con mamá y mi hermana llegamos a Ecuador y nos reencontramos con papá, que vino 3 años antes, él casi no me reconoce. Es que cuando nos separamos yo era pequeño y gordito, y ya llegué bastante alto, casi de su tamaño, y delgado porque ya le había tomado gusto al deporte y por la dieta obligada que llevábamos en Venezuela”. A pesar de que el papá enviaba dinero, por res-

tricción no se podía comprar los víveres necesarios y suficientes, cuenta Kilver, además había que reunir para el viaje del resto de la familia hacia Ecuador.

Precisamente, adentrarse en lo que fue el proceso migratorio trae muchos recuerdos al joven que no ha olvidado lo que él llama la experiencia más traumática de su vida. “Salimos en bus desde Los Teques hasta Caracas, en el terminal central agarramos hasta Maracaibo y desde allí hasta Paraguachón, en Colombia. La verdad, es una frontera muy fea donde se ven cosas horribles”. Por Paraguachón, cada día pasan por trochas irregulares cerca de mil migrantes que se dirigen a Colombia, Ecuador o Perú, según datos de la Cancillería colombiana.

Recuerda, con lujo de detalles, que por un trayecto tuvieron que pasar en moto, encapuchados, para no ser distinguidos por los militares que pedían documentación. Después, al igual que cientos de personas, fueron por una trocha en la cual debieron pagar cada cierto tramo para que les dejaran pasar. “Yo sentí pánico porque a lo largo de esa trocha todos los árboles estaban quemados, nos contaron que hubo un tiroteo a más

de la explosión de algunos camiones que trafican gasolina —más barata— desde Venezuela hacia Colombia. Fue horrible, como una película de terror, hasta que llegamos por fin a la frontera entre Colombia y Ecuador y pasamos hacia Rumichaca con la Carta Andina, justo el 26 de agosto de 2019, a las 22:00, dos horas antes del cierre de la frontera para migrantes de Venezuela sin visa”.

Reunir a la familia luego de tres años fue un momento emotivo para todos, las lágrimas del padre por haberse perdido el crecimiento de su hijo —de niño a adolescente— fue lo que más le impactó, recuerda Kilver, quien valora como nadie el apoyo y acompañamiento de sus padres, y es su decisión procurar ser siempre un buen hijo.

“Hace cuatro años, yo tenía 13, cuando con mamá y mi hermana llegamos a Ecuador y nos reencontramos con papá, que vino 3 años antes”



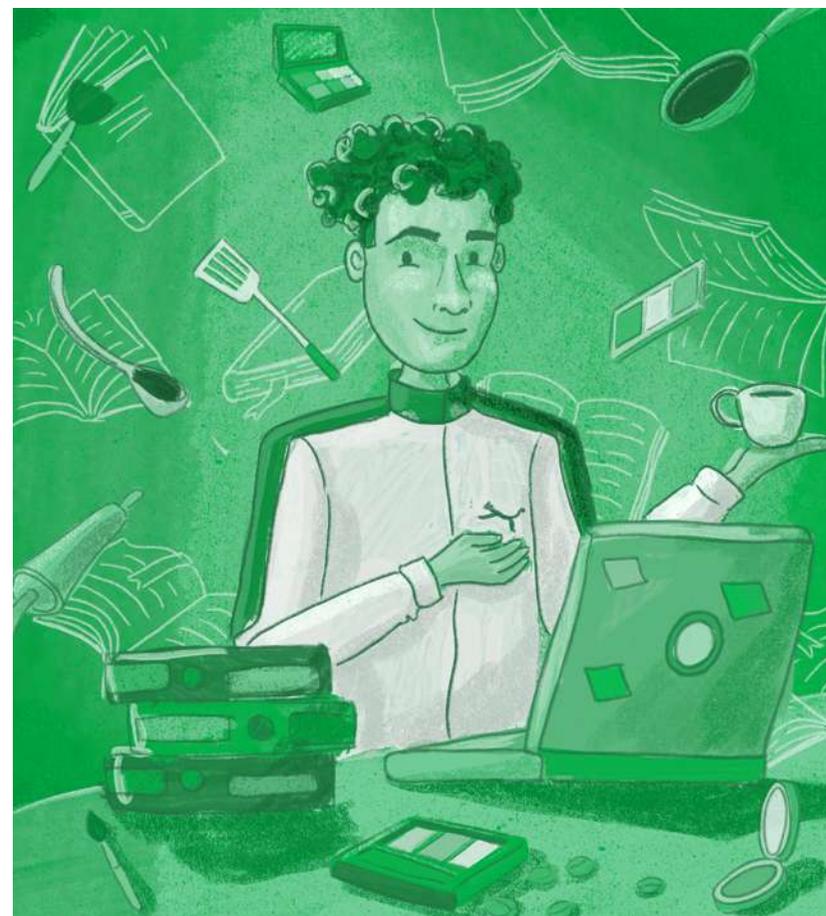
Viviendo su propia carrera

Para no fallar en el compromiso que se ha hecho como hijo y labrarse un buen futuro, Kilver no deja de aprender, investigar y buscar lo que finalmente le apasione y le permita —más temprano que tarde— encontrar la actividad, o actividades, a las cuales se dedicará apenas acabe el colegio, en junio de 2024. “No voy a ir la universidad, pagar la privada será imposible y por la situación migratoria la pública está vetada, además no quiero una carrera que luego me ate a ser empleado por muchos años, quiero ser mi propio jefe, definitivamente”.

41

Así, al deporte se han ido juntado otras pasiones: la gastronomía, el barismo, la belleza, las finanzas, la bolsa de valores, el mercado digital y el emprendimiento. Todas son actividades y conocimientos que, a pesar de su corta edad, ha ido adquiriendo en varios cursos presenciales y virtuales, y los perfecciona, por cuenta propia, a través de tutoriales calificados, generalmente a través de YouTube.

“Me interesa tomar la mayor cantidad de cursos disponibles, no solo para tener muchas destrezas y conocimientos, sino para encontrar lo que realmente me cautive como para dedicarme de largo y, de paso, que sea lucrativo”, comenta el adolescente, quien planifica convertirse en emprendedor, ganar pronto suficiente dinero y alcanzar un buen nivel de vida para él y su familia, invertir en la bolsa y empezar a conocer el mundo lo más temprano posible. Esa es la filosofía que por hoy le motiva.



Por el simple gusto que tiene por combinar alimentos, conocer sobre los cortes y manejar los instrumentos de cocina, la gastronomía fue uno de los primeros cursos que tomó —con 16 años de edad y único adolescente entre 30 inscritos—. Aunque tiene un certificado que lo valida, no se ve a futuro como un cocinero profesional, menos como propietario de un restaurante. “Tal vez la gastronomía me permita ganar mis primeros dólares, pero sería temporal hasta llegar a ser dueño de mi negocio, que no será un restaurante. Eso es muy complicado la verdad”, asegura categóricamente.

Le agrada mucho cocinar, pero para disfrutar él mismo con la familia y amistades, aclara al tiempo de confesar que los raviolos son su preparación favorita: “Me gusta hacer la pasta de harina de trigo, sale bien pero aún tengo que afinarla, lo seguiré intentando hasta que me quede a punto” dice como demostrando lo mucho que le gusta perfeccionar sus habilidades por cuenta propia.

Es que esta cualidad sobresale en casi todo lo que realiza. Por ejemplo, en el curso de barista —que toma dos tardes a la semana— no le son suficientes las técnicas de combinación con el uso

del café que le van enseñando, le gusta experimentar creando nuevas bebidas con diferentes tipos de esencias, leches y sabores. “No pararé hasta lograr mis propias creaciones”, dice.

Continúa detallando cómo aprende —también por su cuenta— nuevas técnicas sobre el maquillaje que no necesariamente son parte del pênsum del curso de belleza, maquillaje y peinados que, por el momento, ocupa las mañanas de sus sábados. “En un tutorial aprendí y estoy perfeccionando el sombreado en los párpados, es que el maquillaje es lo que más me atrae, aunque todo me gusta mucho, es un oficio que sí me interesaría ejercer en el transcurso de mi vida”.

Nuevamente, Kilver es el único adolescente en el curso y el único hombre, situación que no le incomoda para nada, aclara. “No hay unas actividades para hombres y otras para mujeres, todos podemos hacer lo que queramos y nos guste. Debemos romper las casillas en donde la sociedad nos ha colocado

por el hecho de ser hombres o mujeres, y que limitan nuestra libertad de expresarnos desde nuestra individualidad”. Se siente cómodo con las señoras, se ha sabido ganar su cariño y respeto, le tratan de igual a igual sin importar que sea adolescente porque ven y valoran su potencial y dedicación, afirma.

“No pararé hasta lograr mis propias creaciones”.



Creciendo con responsabilidad

Las masculinidades transformadoras, cómo desarrollarlas y aplicarlas, es uno de los grandes temas que ha aprendido en su paso por el club de adolescentes, espacio que acoge a 55 jóvenes de barrios del norte de la capital ecuatoriana, uno de los nueve clubes que Plan International Ecuador, a través del proyecto ELLA, desarrolla en tres ciudades: Quito, Loja y Manta.

43

Kilver es líder del grupo de jóvenes capacitados para difundir entre sus pares, y en otros espacios, los conocimientos aprendidos. Entre estos, el cómo los hombres pueden ser aliados para prevenir la violencia de género y promover la igualdad, difundiendo los derechos de las niñas, adolescentes y jóvenes mujeres, y las rutas de protección.

Entre todo lo asimilado, son las clases de sexualidad las que le ponían algo incomodo, confiesa. “Al inicio me ponía serio para no aparentar mi nerviosismo,



pero ahora estoy claro que es importante conocer el tema. Hay muchos embarazos a temprana edad, al menos en mi colegio hay varios casos, y es necesario evitar que sigan en aumento”, afirma con convicción.

“Los adolescentes debemos conocer sobre métodos anticonceptivos, todo lo relacionado a sexualidad, salud sexual y reproductiva, porque es normal que todos en algún momento vamos a comenzar nuestra vida sexual, entonces la idea es aprender para protegernos y saber cómo actuar”, finaliza con su sonrisa característica, una sonrisa que casi nunca abandona y que permite ver a un joven decidido, disciplinado, quien, a pesar de sus 17 años recién cumplidos, tiene claras sus metas y la certeza que no parará hasta conseguirlas.

MELANY

Cuando el reloj marca la 07:00, decenas de niñas, niños y adolescentes empiezan a salir de sus casas ubicadas a los lados de uno de los recintos rurales del sur de Manta, dividido por el paso de la Ruta Spondylus, una vía turística que atraviesa por numerosos poblados de tres provincias de la Costa del Ecuador (Esmeraldas, Guayas y Manabí) y que debe su nombre a la concha spondylus encontrada en el borde de la plataforma continental submarina y que fue utilizada como moneda por las culturas prehispánicas.

Verlas y verlos caminar por el filo de la única vía pavimentada que cruza el lugar es parte de la cotidianidad. Como si de hormiguitas ordenadamente encolumnadas se tratara, se dirigen por el filo de la carretera —no hay aceras— a la también única unidad educativa del recinto, la que en un abrir y cerrar de ojos se llena de las voces, risas y algarabía de sus más de 350 estudiantes. A esa hora, así como a la salida de clases, los pocos vehículos que circulan por la vía desaceleran la marcha, casi instintivamente.

En medio de la última columna de estudiantes está Melany (16 años), su hermana de 7 y sus primos de 8 y 4 años. Luego de casi 20 minutos de

Esforzándose por sus sueños



lenta caminata finalmente llegan. “Cuando vengo sola no me demoro más de 15 minutos, pero cuando traigo a los tres siempre estoy a punto de atrasarme, sobre todo por el más pequeño que no quiere caminar, aunque mi hermana y mi otro primo también se entretienen jugando en el camino”, cuenta Melany quien tiene la responsabilidad de cuidar a su hermana y primos durante el trayecto, y asegurarse que lleguen bien y a tiempo.

Atrasarse le significa tener que barrer la entrada o el patio de la escuela, y correr el riesgo de perder la primera hora de clases, algo que no se lo puede permitir, mucho más cuando se ha propuesto estudiar a conciencia, aprender lo más que pueda y prepararse para rendir y aprobar con solvencia los exámenes de ingreso a la universidad, en poco más de un año. “Me gustaría una profesión vinculada a las ciencias de la salud, pienso que seré médica, odontóloga o hasta veterinaria, incluso psicóloga, aún no estoy muy segura de la carrera, todavía debo investigar más, pero de lo que si estoy segura es que quiero seguir estudiando”, dice mientras afirma que está consciente que para cumplir su sueño deberá irse a vivir a otra ciudad y separarse de la familia, sacrificio que está dispuesta a asumir.

Ahora, ya está cursando el penúltimo año de bachillerato, antes de cumplir 18 se graduará y su vida tomará un giro, de esto está convencida tanto ella como su madre, para quien la superación de su hija es una de sus grandes prioridades.

Si el destino finalmente termina por llevarla a otra ciudad, sería el cuarto gran cambio en la corta vida de Melany. El primero fue cuando apenas había nacido, pues Érika, su madre, —ecuatoriana pero criada desde pequeña en Venezuela— retornó a Ecuador. El segundo, cuando aún no tenía un año, Érika la regresó para reencontrarse con la abuela materna que se había quedado a vivir en Venezuela. El tercer traslado, cuando apenas tenía tres años, fue cuando la madre durante su último viaje desde Venezuela a su pueblo natal en Ecuador, decidió quedarse a vivir en el lugar en donde ha transcurrido la mayor parte de los pocos años vividos por la adolescente.

Durante los dos años que vivió en Venezuela, Melany prácticamente se la pasó encerrada, caminaba solo sobre piso de baldosa y cemento, nunca césped o arena, cuenta Érika. El intenso trabajo de costura por maquila que realizaban la madre y la

abuela les dejaba poco tiempo para el ocio y tampoco salían por los peligros del barrio en el que vivían. “Cuando regresamos acá, entre lo que más recuerdo de los cambios experimentados por mi hija está su llanto cuando sus pies se hundían en la tierra, se sentía incómoda, no le gustaba la sensación que eso le producía; además, y lo más importante, por primera vez jugó con otros niños, salió al patio de la casa, al parque y a la playa”.

Cuando Melany cumplió 4, a petición de la madre, a pesar de la advertencia de que era muy chiquita y que repetiría el

“Me gustaría una profesión vinculada a las ciencias de la salud, pienso que seré médica, odontóloga o hasta veterinaria”.





curso, ingresó al primer año de escuela. “Era eso o que nuevamente pase encerrada gran parte del día, pues las niñas y los niños con quienes jugaba iban a clases, ya no quería más de eso para ni niña”, explica Érika.

Así Melany se acostumbró al sistema escolar, es una buena alumna y, aunque no es muy amiguera, se lleva bien con todas y todos sus compañeras y compañeros; y, por supuesto, con aquellas y aquellos que han migrado desde Venezuela, y de quienes ha aprendido por primera vez, a pesar de ella también ser venezolana, ciertas palabras como chama, chamo y vale, que se han vuelto muy comunes en el ámbito escolar.

La mayor parte de su tiempo la pasa en su establecimiento educativo y en el Centro de Desarrollo Comunitario, en cuyas instalaciones funciona el club de adolescentes del proyecto ELLA de Plan International —único espacio para jóvenes en su entorno—, al cual asiste regularmente y en donde admite sentirse cómoda y segura. En el club, dice, ha apren-

dido a profundidad muchos temas sobre salud sexual y reproductiva, prevención de violencia basada en género, rutas de protección, xenofobia e inclusión, a fortalecer su autoestima, y a planificar sus metas según su proyecto de vida, entre otros. “Se que todo esto me va a servir en la vida, tengo que saber varias cosas, y cómo cuidarme y protegerme, más si llego a vivir sola”, dice la adolescente.

La participación en el club también ha reforzado en ella la idea que todas/os las y los adolescentes tienen los mismos derechos de formarse y acceder a estudios superiores, rompiendo con los roles asignados socialmente a las mujeres y a los hombres.

Al colegio y al club también ha sumado un curso de diseño y colocación de uñas acrílicas al que asiste regularmente, para lo cual demuestra gran habilidad. También le gusta maquillar y hacer peinados, tanto que, cada mañana, arregla el cabello de su hermana de 7 para ir a la escuela y, en los tiempos libres, practica en ella los nuevos peinados que ve en redes sociales. “No creo que me pueda dedicar toda mi vida a estos oficios, pero tal vez algún momento, me ayuden a mantenerme, sobre todo, cuando vaya a la universidad y hasta que pueda ejercer mi profesión”, afirma convencida del futuro que aspira.

En casa, los estudios y su formación son prioridad para la familia, tanto que no tiene obligaciones marcadas, sin que eso signifique que —una vez hechas las tareas y estudiadas las lecciones— no ayude a su hermana con sus deberes y trabajos escolares, así como con los quehacere: limpiar, lavar, cocinar y, principalmente, cuidar a su hermanita de un año por quien, confiesa, tiene cierta debilidad, tanto que —cuenta su madre— es común verla llevándola en sus brazos, jugando en el parque, dándole de comer o haciéndola dormir.

A la vez que Melany acude al club de adolescentes, Érika, la mamá, asiste a los talleres para madres y padres del proyecto ELLA. “Ahí me dan luces de cómo criar a mis hijas, aprendo de la experiencia de otras mamás y papás, y me ha ayudado a fortalecer la idea que siempre he tenido: que las madres y los padres estamos no solo para criar y educar a las hijas e hijos sino para apoyar, acompañar, comprender y guiar por el mejor camino hasta que sean adultas y adultos responsables. Esa es mi misión y estoy dispuesta a estudiar, leer y prepararme para ser siempre una buena madre y guía para mis hijas” dice Érika quien, con su bebida de la mano, llega a medio día a recoger a la hija de 7 y a sus sobrinos que, a esa hora, terminan la escuela.

Una hora más tarde, Melany saldrá de clases y retornará a casa con el grupo de adolescentes que emprenden el mismo recorrido de la mañana, pero en sentido contrario. A esa hora ya van a paso lento, dejando de casa en casa a sus compañeras y compañeros. Suelen caminar tan despacio como para alargar hasta el máximo posible aquel especial momento de genuina convivencia juvenil.



ANDREA

La adolescente venezolana que sabe cómo defender sus derechos

“Fui invitada a almorzar a casa de una de mis primeras amigas en Quito y cuando sus padres me preguntaron de dónde era dije que de la Costa ecuatoriana pues, momentos antes, ellos habían hablado mal de las personas venezolanas y de la forma cómo —supuestamente— les habían robado. Fue muy raro haber negado mi nacionalidad, nunca lo había hecho, pero en ese momento me sentí terrible por sus comentarios”.

Este es el testimonio de Andrea, una chica de 16 años, que viajó a los 14 durante tres días desde su natal Maracaibo —escondida y extremadamente incómoda— en la parte trasera de un camión que transportaba plátanos, porque ni ella ni su madre tenían pasaporte ni otros documentos que les permita moverse libremente por Colombia y Ecuador.

Y aunque poco después Andrea reparó su omisión reconociendo ante su amiga de colegio la realidad de su procedencia, este acto de reivindicación sincera igual le dejó sinsabores pues la madre de la amiga no guardó para sí sus preferencias y, en la primera oportunidad, expresó —sin discreción alguna— que le habría gustado que Andrea realmente



fuera de la Costa y no de Venezuela. Luego, ella entendió durante el proceso formativo del club de adolescentes del proyecto ELLA de Plan International, que su experiencia es parecida a la de otras chicas obligadas a migrar y que ella sufrió un acto de discriminación y xenofobia.

Pero este no fue el único acto de xenofobia que experimentó Andrea en Quito durante su primer año en tierras ecuatorianas. En otra ocasión, estando con algunas amigas venezolanas, les gritaron apenas se subieron a un bus: "Váyanse de aquí, este no es su país". La diferencia con el primer desventurado episodio fue que esta vez la chica ya conocía sobre sus derechos como migrante, entonces no guardó silencio y sin tener que recurrir a groserías o palabras subidas de tono, les hizo saber a sus interpelantes que las personas migrantes y refugiadas tienen derecho a permanecer en Ecuador según el marco legal y la constitución de este país: "Tenemos derecho a estudiar, a trabajar, podemos estar aquí sin tener que andar ocultándonos porque no estamos haciendo nada malo", respondió sin demora.

Fue en su club de adolescentes 'Caraquitos' donde Andrea supo, por vez primera, que tenía derechos: "Yo antes le decía a mi mamá: ¡bueno vámonos cuando se cumplan los

seis meses que podemos estar aquí!, pero luego me di cuenta de que sí puedo quedarme en Ecuador porque mi página está bien (historial limpio)".



Andrea superó estas experiencias y hoy se considera totalmente incluida no solo por parte de personas ecuatorianas sino también por venezolanas, colombianas y las provenientes de otros países. Ya no advierte indicios de xenofobia y aunque en algún infortunado momento podría ser que vuelva a suceder, ella ya sabe cómo defenderse y hacer valer sus derechos.

Por lo pronto, ya obtuvo el certificado de permanencia en el país* y una visa temporal por seis meses que tiene la posibilidad de ampliarla a fin de obtener así su pasaporte —cuando haya el dinero para pagarlo— y la cédula ecuatoriana en máximo dos años. Se puso tan feliz y alegre cuando se lo dijeron que respiró profundamente aliviada con la grata noticia.

Andrea asiste al segundo año de bachillerato en un colegio fiscal del norte de Quito, y aunque aún es muy pronto para definir una carrera, le gusta mucho el diseño gráfico y la arquitectura. Tiene habilidad para dibujar rostros de mujeres y atardeceres a los que imprime insospechados tonos y combinaciones de colores llamativos. Una colección de agendas llenas de arte son la muestra tangible de su innato talento.

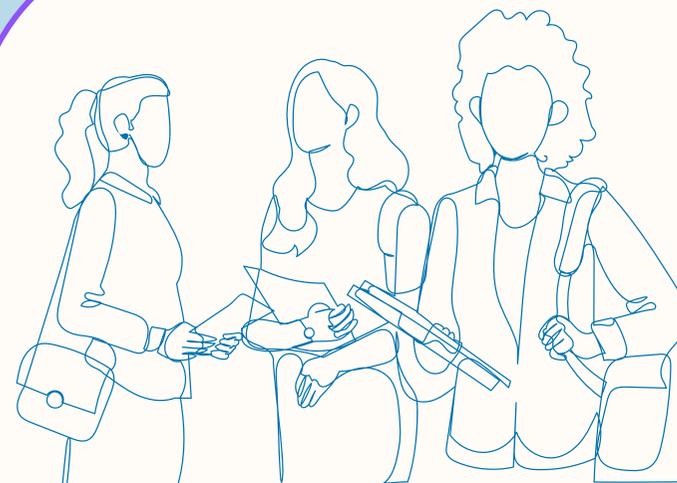
Las acciones que van labrando su futuro

Actualmente, Andrea forma parte de la escuela de liderazgo de Plan Internacional Ecuador** y se encuentra en proceso para definir un proyecto de vida que pasa por potenciar una habilidad innata o adquirida, de tal modo que se convierta en un oficio o promueva un emprendimiento capaz de facilitar la generación de recursos económicos con el propósito de pagar sus estudios. *“Solo me faltan dos años para salir del colegio, espero desde ya conseguir una buena fuente de ingresos y, ojalá, más tarde, una beca, porque tengo entendido que en Quito las universidades privadas no son baratas y las personas venezolanas no podemos estudiar en las públicas sin visa”.*

También sigue un curso de belleza pues le encanta, sobre todo, el maquillaje, tanto

que, en su tiempo libre, practica múltiples veces maquillando a su mamá, a sus amigas y a sí misma, incluso dibuja ensayos de maquillajes para más tarde plasmarlos en algún rostro. Ella se encargó de maquillar a gran parte del elenco de los clubes de adolescentes de Quito, quienes pusieron en escena la presentación artística ‘Exposiciones

“Solo me faltan dos años para salir del colegio, espero desde ya conseguir una buena fuente de ingresos y, ojalá, más tarde, una beca”.



Juveniles por la No Violencia’, en donde, a través del teatro y la danza se manifestaron y alzaron su voz para visibilizar, sensibilizar y comprometer a la comunidad, para juntas y juntos actuar en favor del ejercicio y respeto de sus derechos.

Andrea reconoce no tener facilidad para hacer amistades, pero admite que le fascina integrar a las personas que asisten por diversos motivos a la casa comunal del barrio donde vive e incluso salir a comer con ellas. Pero, así lo que se dice amiguera... confiesa no serlo, porque en realidad apenas tiene dos amigas y una de ellas en Venezuela. Eso sí, valora mucho llevarse súper con su par ecuatoriana.

Cuenta que fue Ida, su madre, quien le impulsó a integrarse al proyecto ELLA, pues ni bien llegaron de Venezuela Ida empezó a participar en cuanto curso podía sin dejar de motivar a su hija a que también lo hiciera, algo a lo que Andrea, en más de una ocasión, se negó por sentir cierta vergüenza. Hasta que al fin accedió a acudir los jueves de cada semana al club de adolescentes. “Fui conociendo a otras y otros adolescentes, y empecé a dejar de ser tímida, a entender que las cosas que pienso y digo no son malas pues todos tenemos opiniones diferentes. Lo que he aprendido en el club no lo habría podido aprender en ningún lado, ahora no solo conozco mis derechos como migrante, sino como mujer, sé cómo cuidarme y defenderme, conozco de salud sexual y reproductiva, igualdad de género, autoestima, y muchos otros temas”.

* Se entrega únicamente a las/os ciudadanas/os venezolanas/os que han ingresado a Ecuador por pasos regulares. Este documento es un requisito ineludible para gestionar la Virte (visa que permite un período de estadía de dos años renovables por una única vez).

**La Escuela de Liderazgo busca que adolescentes y jóvenes mujeres diversas (15-21 años) potencien su capacidad de liderazgo y resiliencia y fortalezcan la confianza en sí mismas y sus habilidades desde un enfoque de derechos, igualdad entre los géneros e interseccionalidad para convertirse en lideresas que participan, de manera activa, en todos los espacios donde se toman decisiones.

A pesar de sus recelos iniciales, Andrea ve en su madre —ahora convertida en líder comunitaria— el ejemplo a seguir “porque es de esas personas que colaboran en todo y siempre busca ayudar a la gente aún sin conocerla”.

Andrea recuerda que nunca pensó que algún momento tendría de hacer maletas para salir de Venezuela, hasta que su mamá se lo dijo un día con total certeza y con toda la seguridad que la caracteriza: “nos vamos para Ecuador a reunirnos con tu hermano y empezar una nueva vida”. En Venezuela quedó la mayor parte de su familia, su papá, todos sus primos y muchos recuerdos. Hoy siente nostalgia por estar tan lejos de ellos y ellas, pero abraza la esperanza de volver a ver a su familia algún día cuando tenga su pasaporte, algo de dinero y pueda ir libremente de visita.



JHON

El joven que se prepara para compartir sus experiencias con más adolescentes

En 2016, un vuelo directo desde Caracas, Venezuela, hasta Guayaquil, Ecuador, trajo a Jhon, de 15 años, su papá, su mamá y tres hermanos hasta su nuevo país de residencia. Desde ahí tomaron un bus hasta Manta, en la Costa ecuatoriana, ciudad de nacimiento de su madre. Ella fue la única que, como ecuatoriana, viajó solo con un pasaje de ida, el resto de la familia lo hizo también con pasajes de vuelta, en calidad de turistas, pues la doble nacionalidad de los hijos no había sido tramitada oportunamente en Venezuela, su país de nacimiento. Cada uno llegó con apenas una pequeña maleta de ropa a cuestas, y uno que otro artículo personal o juguete preferido. Pero, la fe, la esperanza y la perseverancia, sin duda, fueron parte importante del equipaje de Jhon y de cada integrante de su núcleo familiar.

Si bien volar en avión por primera vez generalmente es una experiencia inolvidable para cualquier niño, para John y sus hermanos fue triste porque significaba alejarse del lugar donde nacieron, de las amigas y los amigos, de la escuela y del resto de la familia. "Tenía casi 9 años, pero ya me daba cuenta de la situación, y sentía miedo de lo desconocido, de cómo íbamos a vivir, y si iba a poder estudiar y tener



nuevas amistades. Sentía que nunca más iba volver”, dice Jhon, quien confiesa que a pesar del tiempo transcurrido desde su llegada aún no termina de adaptarse del todo a la vida rural, muy distinta a la de su natal Caracas.

La abuela materna de Jhon había migrado muy joven desde Ecuador hacia Venezuela en búsqueda de mejores oportunidades laborales, ahí se casó y formó su familia. Estando embarazada visitó Ecuador, donde nació la madre de Jhon, quien hizo su vida en Venezuela, se casó y tuvo sus cuatro hijos, Jhon es el segundo.

Ecuador, un puerto seguro con nuevas oportunidades

Varias fueron las causas que motivaron la migración de la familia hacia Ecuador, entre ellas, un asalto a mano armada sufrido por Johnny, el padre, en Venezuela, en el que le robaron su taxi, importante fuente de ingreso familiar. También, la dificul-

tad de conseguir comida suficiente para alimentar a la extensa familia. Además, la angustia de que el dinero que ganaba Inés, la madre, en un trabajo estable en una cadena de farmacias ya no alcanzaba para vivir con comodidad, menos siquiera comprar un nuevo taxi, o adquirir una vivienda propia.

Al principio, vinieron a ver cómo les iba, a probar suerte, incluso el jefe de la madre ofreció conservar su puesto por si regresaban pues había trabajado más de 10 años en la misma empresa. Pero, casi a los tres meses, antes de que los pasajes de regreso caduquen, decidieron quedarse en Ecuador. “La verdad que no ha sido fácil a pesar de ser ecuatoriana, hemos tenido que trabajar duro, pero al menos hemos podido hacerlo. En relativamente poco tiempo hemos logrado tantas cosas. Ya tenemos nuestro terreno y casa propia, aunque sea de paredes de caña y piso de tierra es nuestra”, dice Inés mientras aclara que esa casa es temporal hasta conseguir la posibilidad de un crédito en condiciones blandas a fin de construir una vivienda de bloque y cemento, pues sus sueños no terminan, menos la persistencia de ella y su esposo por procurar una buena vida para la familia.

Apenas decidieron quedarse, empezaron el proceso para obtener la nacionalidad ecuatoriana para los hijos. Con previsión, trajeron desde Venezuela todos los papeles necesarios para el trámite y, en seis meses, Jhon y sus hermanos se hicieron ecuatorianos. “Ahora sé que puedo acceder a la universidad pública y convertirme posiblemente en contador; o ir al ejército para formarme como militar, la verdad, esta es mi primera opción”, dice el adolescente que, a estas alturas, ya tiene claro que no volverá a vivir en Venezuela.

Incluso el padre, preocupado por el futuro del joven, ve en un curso de manejo de montacargas a gran escala otra opción de ocupación futura para Jhon. “Es bueno que desde ya empiece a ver alternativas, este curso le daría una ocupación que es muy demandada en el puerto de Manta, hay muy pocas personas calificadas en el manejo de estas máquinas”, explica Johnny, para quien ser taxista, aunque en un vehículo rentado, le está permitiendo trabajar en Ecuador y solventar la economía familiar.

Así las cosas, si bien aún falta un poco menos de dos años para que Jhon termine el colegio, lo que hará de su vida es una preocupación familiar. “Yo lo que hago ahora es estudiar y aprender lo más posible,

quiero labrarme un buen futuro. Mis padres me han enseñado, con el ejemplo, que hay que trabajar duro para lograr cumplir mis metas, nada es fácil, pero es cuestión de proponérmelo”, manifiesta Jhon, al tiempo de agradecer por todo lo que sus padres hacen por él y sus hermanos.

Plan International y el proyecto ELLA, parte del crecimiento familiar y personal

Como hermano mayor de dos niños, aún en la escuela primaria, una de las funciones de Jhon es guiarlos con las tareas escolares. También, entre sus actividades hogareñas está el preparar la cena para toda la familia. “Casi todas las noches les doy arepas con queso, huevo o pollo; a veces, por insistencia de mamá, preparo plátano verde o maduro cocinado, pero para mí siempre hay arepas”, cuenta el adolescente con naturalidad. Además, tanto él como sus hermanos se encargan de poner a secar, doblar y guardar la ropa que ha lavado su madre, limpian la casa, alimentan a los animalitos de crianza y también ayudan en la cocina a la abuela pater-



na que, hace poco, llegó desde Venezuela y se ha sumado a la familia.

“La verdad en casa todos mis cuatro hijos varones ayudan en las tareas domésticas, deben aprender a valerse por sí mismos y tener claro que las labores de casa son una responsabilidad de todos y todas, sin distinción de sexo o edad. Además, para mí es importante que ellos vean el buen trato que doy a su mamá, el respeto que tengo por ella y mi madre”, manifiesta Johnny. El padre de John se da modos para compartir tiempo de calidad con sus hijos e incluso asistir junto a su esposa a los talleres de crianza positiva del proyecto ELLA, de Plan International, a pesar de trabajar en jornadas extenuantes. “Junto a otro papá somos los dos únicos hombres, pero eso no me molesta, de las participantes mujeres aprendo mucho. Lo más importante son los consejos que recibimos de cómo acercarnos a nuestros hijos e hijas, cómo conversar con ellos/as de temas serios y del día a día, y de cómo enfrentar los problemas típicos de la adolescencia”.

La vinculación de la madre y el

padre del chico con el proyecto de Plan International se dio a partir de la participación de Jhon en el club de adolescentes que se desarrolla en su localidad. El trabajo y compromiso destacados del adolescente, dentro de este proceso formativo, lo llevaron a ser parte del grupo de seis jóvenes: tres mujeres y tres hombres, seleccionados para replicar los conocimientos adquiridos a otras y otros adolescentes. Así mismo, Jhon ha integrado los talleres de masculinidades transformadoras, espacios dirigidos a jóvenes varones para fortalecer sus capacidades como aliados de niñas, adolescentes y jóvenes mujeres en la igualdad de género.

Cientos de jóvenes, tanto de su club como de los ocho adicionales que el proyecto ELLA de Plan International ejecuta en Manta, Quito y Loja, son formados en tema de derechos sexuales y

Jhon ha integrado los talleres de masculinidades transformadoras, espacios dirigidos a jóvenes varones para fortalecer sus capacidades como aliados de niñas, adolescente jóvenes mujeres.



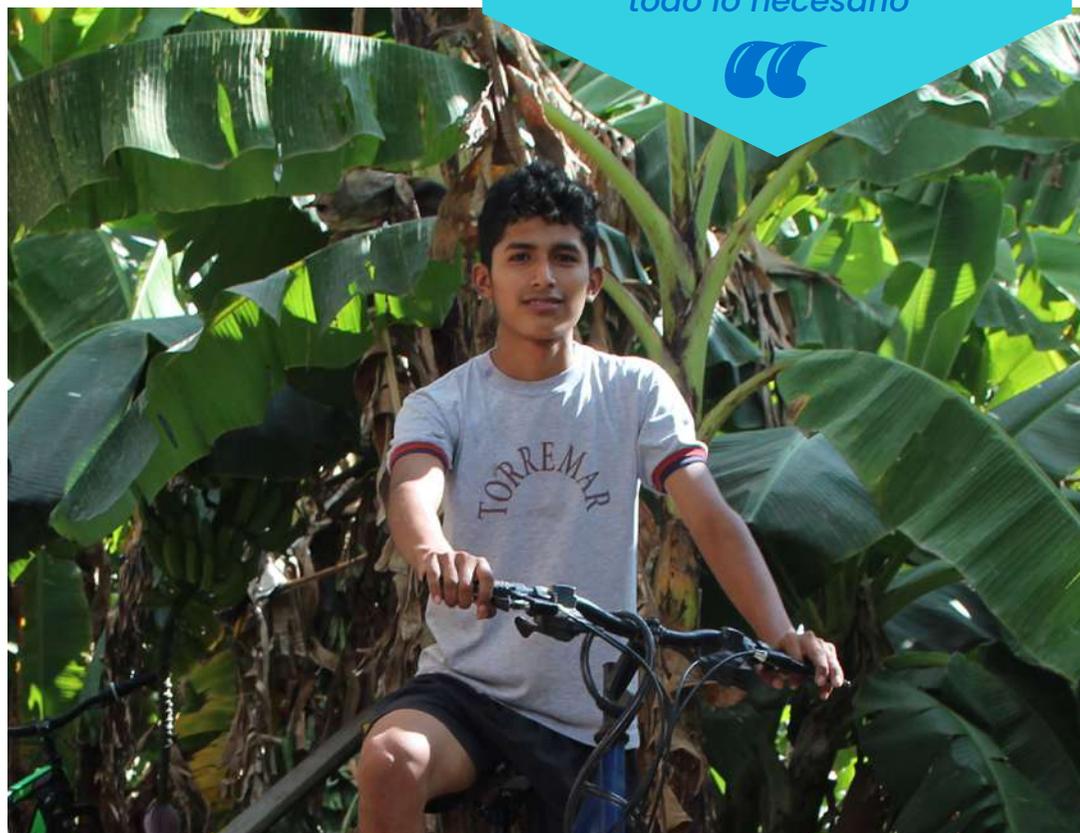
reproductivos; derechos humanos, xenofobia, violencias basadas en género; gestión de emociones, autoestima, entre otros, de gran importancia para el desarrollo positivo de la juventud.

“El club me ha ayudado a mantener mi estabilidad emocional y estado de ánimo, a comprometerme con mis estudios, con mi formación y, en general, con mi vida. He aprendido mucho sobre derechos, cómo defenderlos y cómo respetarlos; la responsabilidad que tengo sobre mi cuerpo y sexualidad. Será muy bueno transmitir a más adolescentes lo que ahora sé para que transiten seguras y seguros por esta etapa de su vida”.

Jhon no deja pasar el tiempo para hablar de estos temas con sus dos hermanos menores por cuya formación, dice, siente cierto grado de responsabilidad. “Si voy a enseñar a otras y otros jóvenes, debo empezar por casa, si de mí depende, mis hermanos llegarán a su adolescencia conociendo todo lo necesario”, finaliza este joven que, según sus padres, está creciendo bien, como un buen ser humano, y una persona solidaria.

¡Bien por Jhon, bien por sus hermanos y padres, y bien por aquellas y aquellos adolescentes que aprenderán de sus conocimientos y experiencias!

“Si voy a enseñar a otras y otros jóvenes, debo empezar por casa, si de mí depende, mis hermanos llegarán a su adolescencia conociendo todo lo necesario”



JESSIMAR

Tres pequeños brillos adhesivos sobre el párpado superior de cada ojo y unas cuantas estrellitas sobre su frente fueron los accesorios que terminaron por iluminar el rostro de Jessimar, de 16 años. Pero, lo que en realidad hacía relucir a la adolescente era el brillo singular en sus ojos y su permanente sonrisa, que, a todo momento, irradiaban felicidad.

57 Resulta que formar parte central de una de las coreografías de la presentación artística 'Expresiones Juveniles por la No Violencia', llevada a cabo por 90 jóvenes de los cuatro clubes de adolescentes que el proyecto ELLA de Plan International desarrolla en Quito, fue el escenario perfecto para que Jessimar exteriorice su amor por el baile y la expresión corporal, en una composición artística que enfatizó el empoderamiento del cuerpo y la resiliencia frente a temas de violencia de género y xenofobia.

Fue la primera vez que la joven bailó en público; y para hacer aún más especial el momento, nada menos y nada más que en un teatro frente a más de 350 espectadores/as; algo hasta no hace mucho difícil de realizar para una adolescente más bien tímida e introvertida y, para quien, bailar ha sido, desde muy niña, parte de sus actividades particulares,

Ejemplo de empuje y constancia



su forma personal de relajarse, entretenerse y conectarse consigo misma. Si es impenable en una adolescente más bien tímida e introvertida y para quien bailar ha sido, desde muy niña, parte de sus actividades muy íntimas, su forma personal de relajarse, entretenerse y conectarse consigo misma. “Cuando en el club tenemos tiempo libre para hacer lo que más nos gusta, antes y después de las actividades, me coloco mis audífonos y en un espacio tras la pizarra, sin que nadie me vea porque me da pena (vergüenza) —aunque ahora menos— me pongo simplemente a bailar. Amo el K-pop (género musical coreano), Blackpink es mi grupo favorito y repetir sus coreografías para mí es lo máximo”, cuenta Jessimar, joven venezolana que llegó a Ecuador hace poco más de tres años de mano de su abuela materna, y junto a su hermano mayor, para reencontrarse, luego de dos años, con su mamá y padrastro.

Jessimar, a más de bailar, tiene gran habilidad para las coreografías. Ella sigue los pasos con ritmo y la gran soltura que su delgado cuerpo se lo permite. En Venezuela, por los cumpleaños, Día de la Madre o Navidad, un baile era el regalo de la niña tanto para su mamá como para su abuela, quien al ver la pasión de su nieta la inscribió en clases de salsa-casino, época que para Jessimar es una de las más bonitas en su país natal.

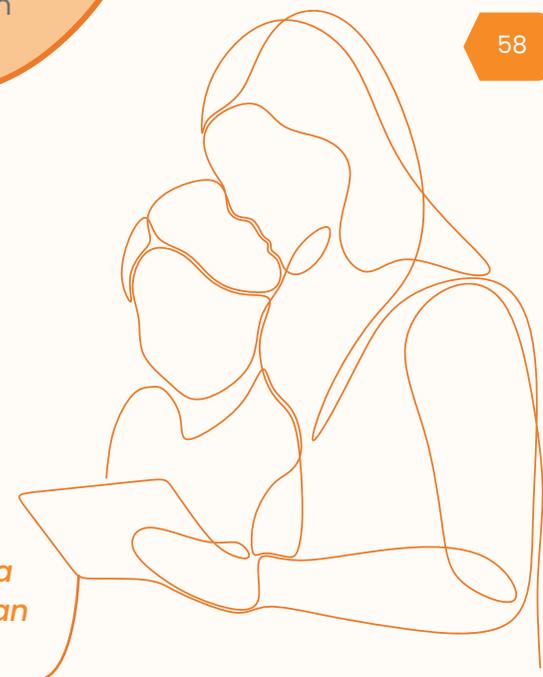
Por ahora, tener un buen promedio escolar es la única condición que le ha puesto Jéssica, su mamá, para inscribirla en algún instituto o grupo de danza y Jessimar lo tiene muy claro por lo que no deja de esforzarse en el colegio. Jessica intenta acompañarla y guiarla en todo momento. “Siempre le insisto que si necesita ayuda me la pida y que si algo no sé, pues lo investigamos y juntas lo logramos”, dice la mamá al tiempo de reconocer que la paciencia no ha sido siempre parte de sus virtudes pero que su participación en los talleres de crianza positiva del proyecto ELLA de Plan Internacional, con la metodología ‘Papás que cuidan’, le han ayudado a acercarse más su hija, así como a su hijo y esposo.

Los espacios que fortalecen a la familia

Desde que Jessimar y su mamá empezaron a ir al club de adolescentes, y al taller de padres y madres, compartir en familia se ha ido convirtiendo casi en una sana rutina en su hogar. Atrás que-

daron los días en que cada quien cenaba por su cuenta y se encerraba en su cuarto, y mamá se encargaba sola de lavar y secar los platos. “Ahora, conversamos, hay confianza y colaboración. Jessimar y yo compartimos con mi otro hijo y mi esposo lo aprendido en cada sesión. Ahora ella se sienta en mi cama y me cuenta su día a día y cuando tiene algún problema”, detalla Jéssica, quien destaca los avances de su hija desde que pertenece al club de adolescentes, tanto en su comportamiento y forma de ser, como en su relación con otras personas.

“Todo lo que he aprendido sobre derechos, género, salud sexual, prevención de violencia y xenofobia... siento que me dan seguridad y protección”.



Así, lo corrobora la misma Jessimar que considera que su extrema timidez va quedando de lado y el círculo de amigos va creciendo, sin llegar a ser del todo amiguera, aclara. Así mismo, destaca los conocimientos y destrezas adquiridos en el club: **“Todo lo que he aprendido sobre derechos, género, salud sexual, prevención de violencia y xenofobia... siento que me dan seguridad y protección. Esta experiencia en el teatro me llenó de nervios, pero también me llenó de felicidad. Cuando terminó y la gente nos aplaudió supe que sí lo volvería a hacer, que me gustaría mucho repetir la experiencia”.**

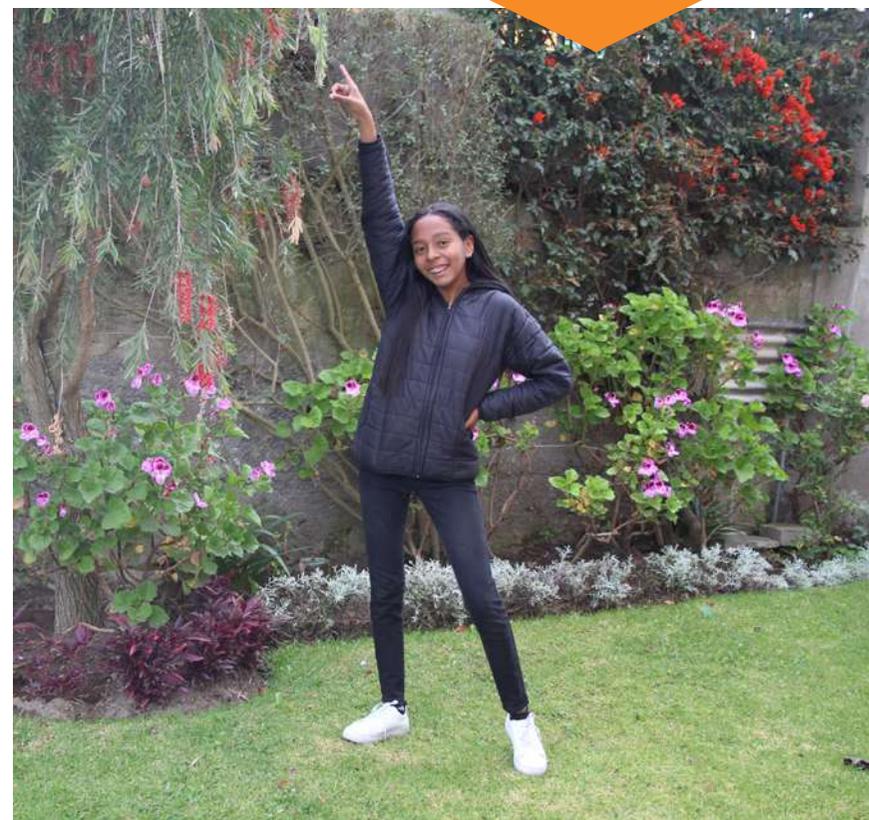
Pensando en el futuro inmediato

59

Jessimar empezó el último año de colegio, pronto se enfrentará a una de las decisiones más grandes de su vida: escoger su carrera, o actividad laboral y económica. La pérdida de su cédula venezolana ha complicado los trámites para su legalización en Ecuador, su madre no para de hacer gestiones para regularizar la situación de la joven, más aún, cuando Jessimar tiene sueños profesionales.

“Me gustaría estudiar psicología para ayudar a que las personas se sientan bien consigo mismas y su entorno”. Hace poco se enteró que podría vincular esa profesión con el baile a través de la danza terapia que utiliza ambas disciplinas para apoyar a las personas a estar cómodas con sus cuerpos y conectar mejor con sus emociones. **“Eso me gustaría mucho, espero poder cumplir mi sueño en**

“Me gustaría estudiar psicología para ayudar a que las personas se sientan bien consigo mismas y su entorno”



este país que nos ha abierto los brazos, en donde estoy estudiando, viviendo lindos momentos y conociendo gente buena. Al inicio si pasé por tres episodios de xenofobia en el colegio por parte de maestros y una compañera, pero mi mamá supo acompañarme y parar la situación a tiempo”.

Así Jessimar, a estas alturas —con su padrastro en un trabajo fijo, su madre generando ingresos por emprendimientos ocasionales y su hermano también trabajando— ya tiene claro que no regresará a vivir en Venezuela, al menos no en el futuro inmediato, quizá solo para visitar a su abuela que apenas la dejó en Ecuador se regresó a su tierra. Pero la familia, a pesar de los años transcurridos, no deja de lado sus costumbres, el contacto personal con sus coterráneos y su gastronomía.

Y precisamente como es domingo, luego de la presentación artística de Jessimar, la familia se dirige a uno de los parques más grandes y concurridos de Quito en donde, cada semana, decenas de personas venezolanas se reúnen. Unas con venta de comidas típicas de su país, otras con recuerdos y accesorios venezolanos, y unas cuantas con instrumentos y atuendos deportivos para jugar beisbol o fútbol. Así, se van acompañando y dando la mano unas a otras para salir adelante.

Apenas llegan, casi a mediodía, una cachapa de maíz dulce con queso —tortilla típica venezolana— junto a una buena porción del ecuatoriano cebichocho es el almuerzo dominguero de Jessimar, una combinación de dos cosas que le encantan, un perfecto mix binacional que se lo zampa casi de inmediato.

¡Buen provecho!



OSCARY

La adolescente que decidió migrar en búsqueda de un mejor futuro

“Así soy yo, dulce y colorida”, dice espontáneamente Oscary (14 años) mientras recoge de su traje púrpura las grageas de colores que se caen a la par de cada mordisco a su chocobanana, una golosina que disfruta como parte —casi imperdible— de su paseo al icónico parque recreacional Jipiro, uno de los destinos más visitados en Loja, ciudad al sur de la región interandina del Ecuador.

61

La pista para correr, los castillos, la laguna con decenas de cisnes y patos, los riachuelos, puentes y senderos son algunos de los rincones preferidos por la adolescente que llegó a Loja hace casi dos años, ciudad de la cual, dice, ya se siente parte.

“Desde que llegué —con mamá, mi hermana (9 años) y mi padrastro— he recibido buen trato, me han acogido bien en todo lugar. Esta ciudad, aunque es un poquito fría para mi gusto, me agrada, es pequeña pero bonita. Aquí estoy viviendo y creo que me quedaré por muchos años, entonces esta es mi ciudad ahora, y como tal ya la quiero”, afirma con su inocente sonrisa y sus vivaces ojos negros que al parecer han empezado a ver el mundo de manera más real pues, a pesar de su corta edad, ya ha de-



bido tomar decisiones que —definitivamente— marcarán su futuro.

Cuando su madre y padrastro decidieron migrar, su papá y mamá le dieron la oportunidad de escoger quedarse en Trujillo, Venezuela, con el padre o viajar hacia Ecuador. “A pesar del dolor que me causaba separarme de mi papá, decidí partir pues para entonces ya me daba cuenta de lo difícil que estaban las cosas en mi país, de las dificultades económicas y la falta de empleo. Además, sentía que no avanzaba mucho en la escuela, que aprendía poco y que eso me podría afectar cuando decida estudiar una carrera universitaria”, relata.

Oscary prometió a su padre que si se le da la oportunidad de regresar no dudará en hacerlo. De todas maneras, cree que no lo hará —al menos de forma definitiva— hasta tener una profesión, la que no pierde la esperanza de poder ejercerla en su país, si las condiciones se lo permiten: “Un diploma obtenido en Venezuela ha perdido valor, pero si lo consigo en otro país sí lo tiene y me permitirá trabajar en cualquier lugar, si es en mi país será muy bueno” afirma la adolescente para quien reencontrarse con su papá y conocer a su nueva hermana está entre sus aspiraciones.

La adaptación a su nuevo entorno

Su tía materna, quien había llegado a Loja años antes, les preparó el camino para que la estancia de la familia sea más llevadera. Apenas llegaron ya tenían un lugar donde vivir, identificados los nuevos empleos, y Oscary y su hermana ingresaron inmediatamente a la escuela pues su tía ya se había encargado de matricularlas. “Al inicio tuve dificultades con el inglés, ahora ya lo hablo mejor. También me costó escribir con esfero, en Venezuela solo se lo hace con lápiz. Manchaba los cuadernos, me tocaba repetir, pero finalmente aprendí, solo no debes equivocarte porque no se puede borrar, eso me ha hecho más cuidadosa, la verdad”, afirma Oscary, para quien, hablar del colegio es hablar no solo de aprendizaje, sino de diversión, juego y amistad.

Junto a sus cinco mejores amigas, todas ecuatorianas, la adolescente está en el grupo de las más inquietas del noveno

año. Sentadas en columnas paralelas no dejan de hablar, reír y, a veces, interrumpir en clase. Siempre se las arreglan para terminar juntas a pesar de que cada cierto tiempo las separan en pupitres distantes. El tono elevado de su voz siempre la delata, tanto que las y los docentes, sin necesidad de voltear a ver mientras escriben en la pizarra, le piden que haga silencio, provocando la risa de todo el curso.

Lo mismo pasa en el club de adolescentes del proyecto ELLA de Plan International, al que asisten las seis amigas del grupo. Al ser un espacio más abierto y espontáneo, Oscary tiene mayor libertad para hablar y expresarse constantemente, exponer sus puntos de vista, y empezar una que otra algarabía, a la que sin dudar se unen todas y todos.

Tanto en el colegio como en el club, ella es la que arma los equipos de fútbol para jugar un partido en el recreo o al finalizar la jornada. “El fútbol está entre lo que más me gusta, puedo jugar todos los días. Reúno a un grupo de chicas y retamos a los chicos a sacar su equipo, a veces apostamos entre \$0,25 y \$0,50 por persona. Casi siempre ganamos las mujeres, pero finalmente, aunque no

siempre, les compartimos las bebidas y los bocaditos que compramos con lo ganado, así no se niegan a seguir jugando y no peleamos”, dice entre risas.

Su vocación, afición e ilusiones

Jugar fútbol, no tanto verlo jugar, es una de sus pasiones, tanto como para colocarlo en el segundo lugar entre sus opciones profesionales. A pesar del extremado gusto por ese deporte, la medicina, concretamente la cirugía, le lleva la delantera. “Cuando en casa alguien se enferma, me preocupo mucho, le doy sus medicamentos e investigo. Ya con el diagnóstico reviso la medicina para aprender con qué se cura determinado dolor o malestar. Pero, no me veo como una doctora de consultorio, sino operando en el quirófano. La sangre no me asusta ni me provoca resistencia, es algo natural”.

Su hermanita es su paciente de juego, ella finge tener un accidente, estar herida y tener cortes profundos. Oscar, por supuesto, es la cirujana que le salva la vida. Le limpia la herida, le coge



puntos, le venda y le receta los antibióticos. La receta, por lo general, incluye nombres reales de los medicamentos.

Cuando en el club de adolescentes estructuraron su plan de vida e hicieron el dibujo de cómo se veían en el futuro, su autorretrato con uniforme de médica llamó la atención del grupo: “Desde ahí, incluso en el colegio, me dicen ‘la señora doctora Oscary’, me piden que les cure y yo les digo que sí, que cuando sea cirujana les operaré de todo. Cuando mis amigas dicen que ya se desmayan del cansancio, les digo que me dejen revivirlas”, cuenta siempre con una sonrisa cargada de picardía y con un brillo especial en sus ojos, el brillo inconfundible de quien sueña con algo grande y tiene la firmeza de trabajar duro para conseguirlo.

Oscary dice que ya está adaptada a su nueva vida. Cuando va a casa de alguna de sus amigas es bien recibida por sus familias, nunca ha sentido rechazo ni le han preguntado sobre la situación de su país, por qué vino a Ecuador y cómo era su vida allá, segura. “Lo único que mis amigas me han pedido es que les enseñe a hacer arepas, les encanta que cuando van a mi casa mi mamá les brinde arepas recién prepara-

das con queso y pollo. También me dicen que si algún momento voy de visita a mi país las lleve pues les gustaría conocer Venezuela, también a mi papá y su finquita, a mis abuelos y abuelas, mis tías, tíos, primas y primos, de quienes sí les he contado pues los extraño mucho, mucho”.

Nuevas vivencias y conocimientos

Oscary hace un recuento y cree que, desde que llegó a Ecuador, ha aprendido mucho, no solo en el colegio, sino en el club de adolescentes del proyecto ELLA de Plan Internacional. Vincularse al club le ha significado conocer a más adolescentes, viajar, aprender a profundidad sobre temas que en el colegio o no se tratan o se ven superficialmente, descubrir sus pasiones, y procurar crecer segura y feliz. “Conocer sobre la igualdad

de género, sexualidad, mis derechos, los tipos de violencia, respetar la identidad y origen de las personas, y la importancia de trazar desde ya mi proyecto de vida, están entre los puntos que más me han llamado la atención”.

El viaje a Catamayo, al encuentro entre clubes del proyecto, fue una experiencia que le dejó lindos recuerdos, no solo porque era el primer viaje desde que llegó a Ecuador, sino por lo hermoso del lugar con su flora y fauna exu-

“Lo único que mis amigas me han pedido es que les enseñe a hacer arepas, les encanta que cuando van a mi casa mi mamá les brinde”.



berantes y su clima cálido, el trato especial que recibieron, y la oportunidad de compartir con más jóvenes de la ciudad. “Al principio, solo queríamos estar las del grupo, nos daba pena (vergüenza) pero, poco a poco, nos fuimos integrando y cambiando de círculo. Eso fue bueno, nos hizo entender que durante la vida siempre vas a tener que conocer nueva gente, y adaptarte a distintos entornos y circunstancias”.

Esta misma experiencia la volvió a vivir durante los ensayos y puesta en escena del festival ‘Celebrando la diversidad, acercando fronteras’, una iniciativa que a través de la obra ‘Un viaje con ellas y ellos’, las y los 80 adolescentes de los clubes ‘Imparables’ y ‘Marcando la diferencia’ compartieron las habilidades y aprendizajes adquiridos en el proceso formativo ‘Mis caminos de transformación’*. La obra circense y teatral, presentada en uno de los teatros más grandes de la ciudad y que congregó a 1.200 personas, llevó implícitos mensajes de prevención de la violencia de género, derechos sexuales, derechos reproductivos y prevención de la xenofobia, con la finalidad de sensibilizar a la comunidad lojana.

Cuando se conversa con Oscary el tiempo no se siente, no faltan las ocurrencias, y su forma sincera y espontánea de hablar cautivan. El chocobanana cubierto de grafeas quedó corto y fue necesario repetir la dosis, esta vez cubierta de galleta negra y coco. “A veces, también soy así, en blanco y negro, porque tengo mis momentos de tristeza, como toda chica, mis dudas y temores sobre el futuro, pero aún tengo muchos años para asentarme y confirmar mis pasiones. Si no soy cirujana, seguramente seré una jugadora profesional de fútbol. Lo que sí sé es que haré todo lo posible por lograr algo grande en mi vida”, finaliza nuevamente con su amplia sonrisa y aquella expresión singular en sus ojos.



*‘Mis caminos de transformación’ es la metodología que utiliza el proyecto ELLA para fortalecer la agencia y empoderamiento de adolescentes y jóvenes en contextos de movilidad humana y de las comunidades de acogida, quienes participan en sus clubes de adolescentes. El documento pone énfasis en igualdad de género, protección, salud, y derechos sexuales y reproductivos.

DIEGO

Es bien sabido que las personas agradecidas son más felices y optimistas, sin duda, este es el caso de Diego. Él es un estudiante venezolano de 16 años que no titubeó ni un instante en jurar lealtad a la bandera del país que le ha acogido durante los últimos cuatro años. Diego tiene una elevada conciencia del profundo beneficio que le ha reportado su estancia en Ecuador y el compromiso asumido frente al emblema patrio no fue sino la mejor oportunidad para expresar esa infinita gratitud que en su corazón alberga.

Aquella mañana, Día de la Bandera, la intensidad del sol era solo comparable con la inmensa alegría que se dibujaba en el rostro de Diego. Con un sobrio y rápido movimiento, dejó a un lado la lira, instrumento que toca en la banda musical del colegio y, rodilla en tierra, selló con un beso su promesa. El ¡Sí, juro! se escuchó firme y convincente. **"Fue un momento**

Viviendo a plenitud cada etapa de su vida



muy emotivo, lo hice con profundo amor y respeto por este país que ya lo considero mío, es mi hogar, el lugar en donde estoy feliz y en paz. Ese instante me sentí ecuatoriano; la verdad, a más de venezolano ahora también me siento ecuatoriano. Es aquí en donde quiero vivir, estudiar, trabajar e incluso formar una familia”, dice el adolescente que, por su rendimiento académico, debió portar el pabellón del colegio, pero la falta de documentos que prueben sus estudios en Venezuela y Perú se interpuso en este justo anhelo.

Diego, con apenas 11 años de edad, su madre y hermano de entonces 6 años, luego de siete días de viaje por carretera, llegaron por primera vez a Ecuador en 2018. Santo Domingo de los Tsáchilas, en donde ya estaba su padre y gran parte de la familia, fue la primera parada. La falta de oportunidades laborales los llevó hasta Perú en donde vivieron un año. Las secuelas de la pandemia del Covid-19 les obligó a retornar a Ecuador y, nuevamente, juntarse a la familia que, para entonces, se había radicado en Quito. “Estábamos bien en Venezuela, no pasábamos necesidades, pero un día cuando llegábamos de un viaje a Caracas, con mucho equipaje, nos asaltaron apenas abrimos la puerta de la casa. Los delincuen-

tes pensaban que como teníamos familia en Ecuador, habíamos viajado a este país y retornábamos con muchos dólares. No encontraron nada, pero nos robaron hasta los zapatos que llevábamos puestos y, lo peor, nos amenazaron con volver”. Fue esta experiencia la que los obligó a salir de su país de manera casi inmediata.

Plan International, un puntal importante en su adolescencia

Los primeros años en Ecuador no fueron sencillos, cuenta Diego. Por un lado, le costó adaptarse al sistema educativo y nivelarse en las materias y, por otro, al entorno social. Estaba empezando a crecer como un adolescente introvertido, triste y desconfiado frente a otras personas, recuerda. “Una compañera del colegio se preocupó por mí y me dijo: ‘Sabes, estoy en un club, te quiero invitar para que te distraigas’. Acepté a regañadientes y fui un sábado, me gustó y no dudé en inscri-

birme. Enseguida hice amistad con otras dos chicas y un chico, los cuatro son ahora mis mejores amigas y amigo”.

Diego está entre los más comprometidos dentro del club de adolescentes, implementado por Plan International a través del proyecto ELLA. No ha faltado a casi ninguna sesión y, además, ha sido parte de diversos talleres complementarios como son el de masculinidades transformadoras y el de formación de formadoras/es que tiene como finalidad capacitarlas/os para que repliquen los conocimientos adquiridos a otras y otros adolescentes en diversos espacios.

“El de masculinidades me ha calado hondo porque no se trata solo de ser aliados de las mujeres en la defensa de sus derechos y la igualdad, sino en comprender que como hombres también podemos exteriorizar libremente nuestros sentimientos. Aún hay quienes piensan que los hombres no lloramos, no sufrimos, que no podemos ser débiles. Como todo ser humano tengo derecho a quebrarme, a sentir debilidad, a llorar, eso no me hace menos hombre”.

El cambio más notorio que Diego percibe en su forma de ser es que ahora tiene un

buen dominio sobre el escenario, le gusta hablar en público, y expone sus ideas con aplomo y libertad. Fue en el último taller de formación de formadoras/es que cayó en cuenta de que aquellas facultades ya habían formado parte de su particular forma de ser y actuar, pues en más de una oportunidad fue elegido por sus grupos de trabajo como su representante para exponer. *“Yo era una persona tímida, no hablaba con nadie, cuando debía exponer literalmente lloraba del miedo. Durante mi paso por el club aprendí a expresarme, a compartir mis conocimientos, a conversar directamente con las personas sin temor a ser juzgado y, a su vez, a respetar a las otras personas cuando hablan o exponen, pues las ideas de todas y todos son respetables. Cuando agarras esa facilidad de hablar siempre quieres estar al frente”.*

Y, precisamente, Diego fue uno de los adolescentes que habló en representación de su club ante casi 300 personas que

acudieron a la inauguración de la exposición de autorretratos ‘Agentes de cambio’, una iniciativa que consistió en 34 óleos que reflejan el autorreconocimiento de cada joven, sus individualidades interiores y exteriores. *“¿Cómo fue autorretratarme? Al inicio fue estresante porque creía que todo debía salir perfecto, casi una copia de mi fotografía, pero luego entendí que lo que debía hacer era ver mi interior. Con cada trazo fui aceptándome como soy, fue amándome más tal cual soy. El resultado me gusta mucho, porque no soy igual a como me veo en un espejo o en una*

“Durante mi paso por el club aprendí a expresarme, a compartir mis conocimientos, a conversar directamente con las personas sin temor a ser juzgado y, a su vez, a respetar a las otras personas cuando hablan o exponen, pues las ideas de todas y todos son respetables. Cuando agarras esa facilidad de hablar siempre quieres estar al frente”.



foto, sino a como me siento y cuanto me amo, con mis virtudes y defectos, con mis sentimientos, con mi forma de ser”.

Las técnicas que aprendió le dan la seguridad de querer seguir pintando. Le gusta los paisajes y, en especial, los atardeceres y la luna en todas sus fases. Tiene varias fotografías tomadas por él que desea convertirlas en cuadros. *“Voy a seguir pintando porque descubrí que hacerlo me relaja, me da tranquilidad, ayuda a que mi imaginación vuele y a descubrir nuevas cosas”.*

69

Cada cosa en su momento y en su lugar

Cuando falta menos de un año para graduarse del colegio, Diego empieza a pensar en su futuro a corto plazo, le gustaría estudiar para ser médico o abogado como segunda opción, pero lo que si hará de inmediato es trabajar para ayudar a su madre con los gastos del hogar o quizá viajar un tiempo a Estados Unidos, a donde migró su papá, y regresar con algo de dinero para po-



ner un negocio e ir a la universidad. Sin embargo, tomar ahora una decisión definitiva no le quita el sueño, todo a su tiempo, dice. **“Soy de aquellas personas que viven cada etapa, ahora estoy en el colegio, en la banda y en el club, y quiero disfrutar plenamente estos momentos. El tiempo pasa rápido, por eso no quiero apresurar nada. Pronto me graduaré y empezaré a entrar a mi vida adulta y seguramente tendré nuevas y más grandes responsabilidades, por eso hoy estoy viviendo mi adolescencia a plenitud y eso me hace feliz”.**

Parte de su felicidad es ver crecer a su hermano de 11 años y su hermanita de casi 2 sin preocupaciones, con amor, mimos, juegos y consejos. **“Quiero estar y seguir estando siempre disponible para ellos, que me tengan confianza, ser su soporte. Deseo que tengan una infancia tranquila con bonitos recuerdos”**, dice al tiempo de comprar un par de jugos y helados para llevar a sus hermanitos, quienes con toda seguridad esperan la llegada del hermano mayor que, a pesar de su juventud, siente que son ellos su mayor responsabilidad, y afirma con una genuina y dulce sonrisa: **“¡Eso realmente me llena la vida!”**.



ENYERLI

Su lucha por la igualdad de derechos

Fue al hospital público a dar a luz, pero no la atendieron por no disponer de la cédula de identidad ecuatoriana. Este acontecimiento marcó la vida de Enyerli, venezolana, por entonces de 23 años, quien terminó alumbrando a su hija en un subcentro de salud, el de Santa Martha, en Manta, provincia de Manabí. Fue a partir de ese momento que decidió dedicar tiempo y esfuerzo al conocimiento y defensa de los derechos de las y los migrantes. Ella —ahora— difunde entre sus compatriotas la idea cierta de que toda persona extranjera, apenas pisa territorio ecuatoriano, tiene ya los mismos derechos que cualquier persona nacida en este país.

“Yo dije: no, aquí hay que ponerle un *parao* (un alto), porque así no tengan (las y los migrantes) la documentación de este país o de su país de origen —ya que generalmente la extravían— igual tienen el derecho a recibir atención médica”.

Tan pronto como pudo se vinculó a HIAS, organización internacional de protección a refugiadas/os en condiciones de vulnerabilidad, donde aprendió sobre derechos, formas de desempe-



ño, instancias a las que acudir en casos de violencia doméstica y delitos y, al cabo de tres meses, obtuvo una certificación como promotora comunitaria a condición de replicar todo lo aprendido.

Además, ha participado con gran éxito en el círculo de mujeres que implementa el proyecto Ella de Plan International Ecuador, en donde, a través de la técnica del espejo —actividad que promueve el fortalecimiento de la autoestima— consiguió consolidar su amor propio, aceptarse a sí misma, tal cual es, con virtudes y defectos, según destaca. “Yo dije: no pues, sí flacas hay en todos lados y ya, tengo que dejar de acomplejarme por mi cuerpo. Como quien dice, lo superé porque ya me veo normal. Así también, aprendí a aceptar cada una de las cosas que tengo en mí”. En este espacio, participa activamente motivando a otras mujeres a compartir sus historias para así ayudar a otras a superar las adversidades, aceptarse, salir adelante y romper con los estereotipos de belleza impuestos socialmente.

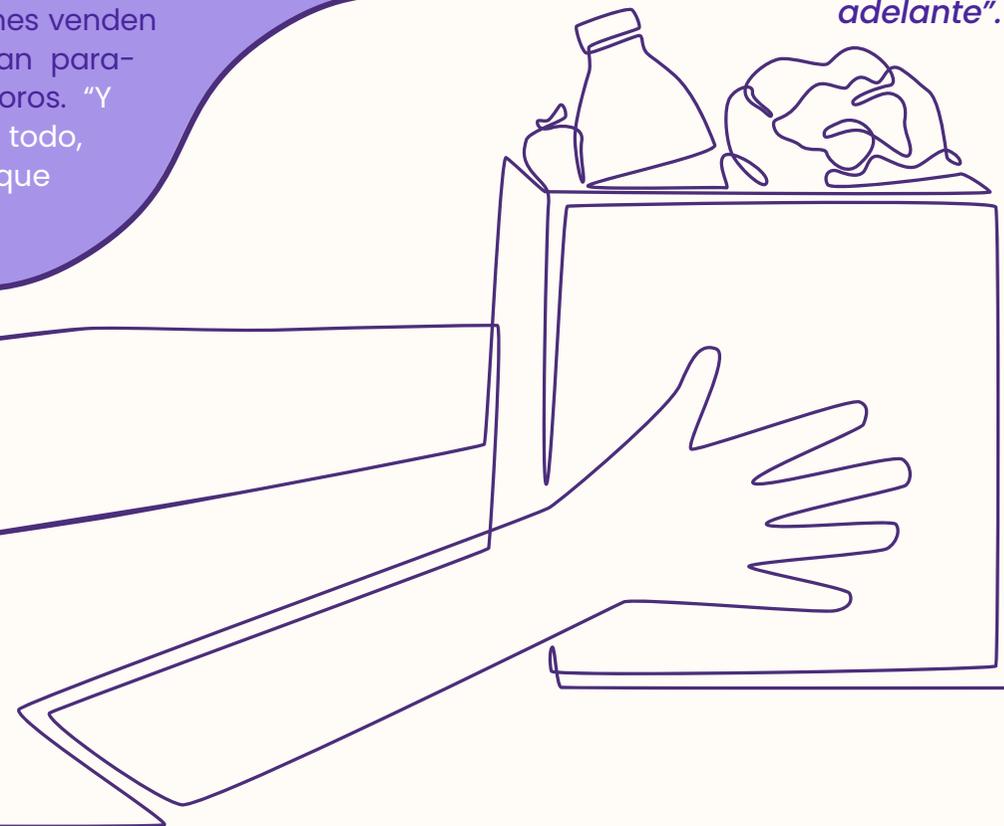
La generosidad marca su liderazgo

Apenas llegó a Ecuador y se instaló en Manta, Enyerli siguió el ejemplo de un tick tocker y empezó, por cuenta propia, a preparar 15 almuerzos semanales para obsequiar a trabajadoras/es de la calle, quienes venden caramelos y limpian parabrisas en los semáforos. “Y no es que tengo de todo, tengo algo, aunque hay veces que

se pone complicado, pero siempre nos la arreglamos para salir adelante”.

Recuerda con profunda tristeza que en su país la situación era tan insostenible que

“Y no es que tengo de todo, tengo algo, aunque hay veces que se pone complicado, pero siempre nos la arreglamos para salir adelante”.



habría sido complicado pensar en regalar comida preparada: “Si desayunábamos no almorzábamos y si almorzábamos no cenábamos, cuando más lograba cambiar la elaboración de un peinado o arreglo del cabello por una harina o por un arroz”.

Como además tiene conocimientos de belleza, dio cursos de peinado trenzado con solo peine, gel y ligas, algo que las personas de su comunidad aprendían fácil y podían ponerlo en práctica para generar algo de dinero. Fue entonces, cuando una líder del barrio Abdón Calderón le propuso a Enyerli asumir el liderazgo comunitario de la parroquia donde ella vive, pues había observado como le gustaba ayudar a la gente. Y así lo hizo, pues vio en ello el medio más a la mano para vincular a las personas migrantes con las organizaciones de ayuda humanitaria o para encauzar su acceso a los servicios públicos del Estado.

Ahora, Enyerli lidera la organización de la sociedad civil ‘Unidas por una frontera’ que agrupa, en su mayoría, a mujeres venezolanas, quienes realizan acciones de apoyo a mujeres, niñas, niños y adolescentes que más lo necesitan. Estas

iniciativas están enmarcadas en refuerzo escolar y en emprendimiento para que las mujeres cuenten con ingresos económicos. La organización ha recibido el apoyo de Plan Internacional para el fortalecimiento de su plan de acción, así como de las estrategias para fomentar su representatividad en la sociedad.

“Hay muchas personas que llegan aquí sin nada, no tienen donde dormir, no saben dónde hay un albergue, desconocen que hay que tomar un turno en un *call center* para recibir atención médica en el centro de salud más próximo, no encuentran quien les pueda dar una mano. Muchas veces las he acompañado o facilitado el contacto con las organizaciones”, afirma la líderesa.

Esta necesidad de movilizarse y actuar para conseguir un cambio es la que impulsó a Enyerli a trabajar por la igualdad de los derechos para todas las personas. Ella es en realidad una activista que ya cuenta con más de 18 certificados por su participación en cursos y talleres de belleza, pintura, planes vacacionales, voluntariado, pequeños emprendimientos, entre otros. “Bueno, ahorita mismo me tienen que entregar uno de que me

estoy capacitando como promotora en salud mental... y pensar que en Venezuela no tenía ni uno”.

Enyerli consiguió que el Ministerio de Inclusión Económica y Social (MIES) ceda un espacio más amplio para realizar los cursos y talleres a través de los cuales replica en la comunidad los conocimientos y destrezas adquiridos. El área de su vivienda era muy reducida como para albergar al buen número de personas asistentes, aunque reconoce que muchas han dejado de ir por continuar su viaje migratorio.

“Hay muchas personas que llegan aquí sin nada, no tienen donde dormir, no saben dónde hay un albergue”



Echando pa'lante

Enyerli tiene bien claro que nada es mejor que tener su propio negocio y por ello ha procurado comprar de a poco los equipos y accesorios para completar su peluquería. Los tiene casi todos en su casa: cabezal, espejo, silla, planchas, secadores y materia prima. "Aquí he tenido cosas que jamás pensé tener en Venezuela, a lo mejor son poquitas, pero las tengo. Me va bien, me he dado a conocer bastante, más que todo me destaco en el área de los alisados y trenzas. Yo le hago todo tipo de peinado y trenzado en menos de 5 minutos, rapido", asegura con solvencia.

Ya son cuatro años desde que Enyerli salió de Caracas con apenas 20 dólares y dos arepas con mantequilla en el bolso, cargaba en brazos a su pequeña hija Ariángeles de tan solo 2 años. Tenía lo justo para el pasaje y de no ser por la solidaridad de otra mujer migrante (Josselyn) quien iba camino a Chile, ella y su hija no habrían comido nada durante el trayecto: "Ella me iba dando comida y frutas, pues yo no tenía. Joselyn traía también una bebé como la mía y un niño más grande". Este acto de humanidad más el experimentado en la ciudad fronteriza de Tulcán, Ecuador, en donde la Cruz Roja y otras organizaciones



sociales les donaron comida, pañales, guantes y un buzo para soportar el intenso frío que se siente al pernoctar en la frontera, marcaron la hoja de ruta en el propósito de vida de Enyerli: ¡Ayudar a quien lo necesita!

Llegó sin nada, pero luego de reencontrarse con su esposo y ahorrar con sacrificio durante más de medio año lo que generaba el trabajo de ella en un restaurante y el de él en una mecánica de motos, lograron adquirir varios implementos para su peluquería y montar un taller independiente de motorizados. “Yo cobraba 50 dólares a la semana por trabajar de lunes a lunes, de 7 de la mañana a 7 de la noche, y mi esposo en el taller tenía días buenos y a veces malos, dormíamos en un colchoncito pequeño sin comprar absolutamente nada más que lo indispensable”.

No es hace mucho que Enyerli y su esposo lograron regularizar su estatus migratorio con una Visa de Residencia Temporal de Excepción (Virte)*. Anhelan conseguir una Visa de Residencia Temporal de Amparo** que les permita establecerse indefinidamente para trabajar lícitamente con una condición migratoria regular, más aún —ahora— que am-

pliaron la familia con el nacimiento de Cataleya, una niña de nacionalidad ecuatoriana que ya tiene dos años. Cuenta, además, el hecho de que tienen a su cargo, aunque sin un poder legal, a una sobrina, a quien por su condición de ‘venezolana menor de edad no acompañada’ el Estado ecuatoriano se encargaría de regularizarla, aparentemente sin mayores requerimientos, según información recabada por su tía. “Nosotros nos queremos quedar aquí, por lo menos, ahorita estamos reuniendo para ver si sacamos el pasaporte y optar por una visa permanente, ya que la visa Virte solo es por dos años”.

Enyerli destaca el hecho de encontrarse entre el grupo de compatriotas de Venezuela que han sabido echar pa'lante (avanzar pese a las adversidades) y adaptarse a la cultura del país de acogida. Tanto, dice, que ha llegado a querer a su barrio, a sus vecinas y vecinos, y a amar el encebollado y el pescado con maní. Medio en serio y en broma dice: “Yo ahora como puro encebollado, me encanta y si es por eso, entonces ya soy manaba”, concluye, con una gran sonrisa, convencida de su preferencia culinaria, pero, sobre todo, de su anhelo ferviente de quedarse en esta tierra donde supo ganarse, por mérito propio, un lugar en el corazón de quienes han recibido su ayuda.



*Virte: Esta visa se emite a los ciudadanos venezolanos y su grupo familiar. Se otorga en el marco del proceso de regulación extraordinario por un período de estadía de dos años renovables por una única vez.

** Visa de residencia temporal de amparo: Autorización de residencia temporal que otorga el Estado ecuatoriano a las personas extranjeras, hijos, cónyuge o pareja en unión de hecho, legalmente reconocida por un extranjero con visa Virte, y que tienen la intención de radicarse en el país.

KEIMBILY

El plan que cambiará su vida

“Soy Keimbily, tengo 28 años, y estoy lista para contar mi historia, no para revictimizarme, sino con la intención de que muchas mujeres, principalmente adolescentes y jóvenes, se vean en mi espejo y se puedan inspirar en mí. Si mi historia cambia una sola vida me sentiré bien, si cambia muchas me sentiré realmente tranquila y extremadamente feliz.

He vivido con demasiada prisa, prácticamente me salté gran parte de mi adolescencia y ahora el nivel de responsabilidad que llevo sobre mis hombros casi rebasa mis fuerzas, pero tengo seis motivos que cada día me impulsan a salir adelante: mis hijas e hijos.

Ahora, ya tengo un plan de vida, sé lo que quiero y como voy a lograrlo, estoy dando los primeros pasos de lo que deseo que sea mi vida futura. Nunca es tarde para recapacitar, cambiar y empezar de nuevo”.



Keimbily se ha venido culpando ciento por ciento por lo complicada que ha sido su corta vida —aunque siente que ha vivido como 100 años— pero ahora sabe que no todo fue su responsabilidad, sino del entorno, de la falta de comunicación y conocimiento de parte de su padre, madre y personas educadoras, de la ausencia de un consejo oportuno o de no haberlo escuchado, de la violencia que ha sufrido y de como la criaron.

Nació en Caracas, Venezuela. Su padre es ecuatoriano, de aquellos que migraron hace más de 30 años hacia la entonces próspera Venezuela en búsqueda de mejores días, ahí conoció a su madre y formaron una familia, construyeron una casa y criaron a Keimbily y su hermano.

“Conocí la maternidad a los 16 años, a los 17 nació mi segundo hijo, ambos de mi primer compromiso. Luego vino la tercera hija de una pareja pasajera. La cuarta fue planificada, deseada y esperada, sin embargo, su padre nos dejó tres días antes de su nacimiento y desapareció por completo. Ninguno de mis compañeros fue bueno conmigo, los insultos, los maltratos, los golpes y la irresponsabilidad eran pan de todos los días, lo mejor que

me pasó fue separarme de ellos a tiempo”, reflexiona Keimbily.

“No quiero que mis tres hijas pasen por lo que yo pasé, lucho con la de 9, verla a ella es como verme yo a esa edad”



Su madre, en un intento por remediar los errores que cometió durante su infancia y primeros años de adolescencia —en donde el castigo físico era la norma y la fue convirtiendo en una joven rebelde— se hizo cargo no solo de la manutención de sus primeros cuatro hijos apenas iban naciendo: pañales, leche, medicinas; sino de su crianza y cuidados. “Me habría gustado que no me quite la responsabilidad que como mamá tenía, que a cambio de su ayuda me haya obligado a estudiar, por ejemplo, que hayamos buscado información y aprendido juntas sobre violencia de género, salud sexual y reproductiva, y métodos anticonceptivos... seguramente mi vida sería distinta y más llevadera”, reflexiona.

Es función de papá y mamá, dice, guiar a sus hijas e hijos: “Hay que hablarles directo, claro y raspado”. A sus tres niñas y tres niños les cuenta abiertamente de sus errores y consecuencias, les motiva a que tengan sueños, que estudien, les pide que siempre quieran ser felices y hagan todo para lograrlo. A los varones les inculca que no sean como sus padres, que respeten y apoyen a todas las personas, empezando por sus hermanas. “No quiero que mis tres hijas pasen por lo que yo pasé, lucho con la de nueve años, verla a ella es como verme yo a esa edad, le digo que no siga mis huellas, que yo estaré con ella en cada paso que dé, aconsejándola, acompañándola”.

En Ecuador empezó una nueva vida

Salió de Venezuela hace 6 años, sola. Vino a Ecuador porque tiene doble nacionalidad y atraída por el dólar. Cuando recién llegó experimentó maltrato laboral, le hacían trabajar y no le pagaban,

o le pagaban menos de lo acordado. **“También sufrí acoso en uno de mis trabajos, denuncié y hasta el sol de hoy estoy esperando que se haga justicia y me devuelvan el puesto”.**

En Ecuador conoció al padre de su hijo e hija más pequeños, él es el único que cumple con su obligación y cubre los gastos, está pendiente de ellos, los visita: **“Es un buen padre, pero no una buena pareja para mí pues peleábamos mucho”.** Ella cuenta que vivió violencia psicológica y emocional: **“Me opacó, me hizo perder el deseo de verme bien, de arreglarme, de empoderarme”.** Se separaron de mutuo acuerdo y desde entonces la relación de amistad ha mejorado, asegura.

El primer regalo de Navidad que él le dio, hace casi cinco años, fue traer desde Venezuela a sus dos hijas, desde ese momento, y luego con el nacimiento del quinto hijo en Ecuador, recién empezó a aprender a ser mamá a tiempo completo. Cuando su madre murió, él también trajo a sus dos hijos mayores. Hasta entonces no se había ni imaginado lo complicado que era criar tantos hijos, y más aún cuando nació la última, hoy de año y medio.

“Mi última cesárea, a los 27 años, fue el remezón que me hizo aterrizar en la realidad y dar el primer paso hacia el cambio definitivo: le dije al doctor que no sabía del hospital si no me hacía la ligadura. Yo digo que ese fue mi primer signo de madurez, desde ahí cada paso que doy es con los pies muy firmes sobre la tierra, convencida que de esa forma avanzo, lento pero seguro”. Así, las continuas terapias psicológicas que empezaron durante el embarazo dieron sus primeros frutos, pues cuando se enteró que esperaba a su última hija fue como si se le cayera el mundo y buscó ayuda psicológica.

En Manta, que es donde nació su padre y vive en la actualidad, ha conocido personas buenas y malas como en todo lado —aclara—, no tiene un trabajo fijo, paga arriendo, comida, gastos de la escuela, pero trata de salir adelante. **“La dueña de casa es un ángel, le debo cinco meses de renta, pero me dice que le abone poco a poco, cuando tie-**

ne comida extra me comparte, me pide que prepare empanadas para que sus amistades me compren. La dueña del hotel de la vuelta me llama para que haga la limpieza cuando le llega gente”. Los vecinos le piden al hijo mayor que haga mandados y la propina que recibe la entrega íntegra a su madre, igual lo que le

“Mi última cesárea, a los 27, fue el remezón que me hizo aterrizar en la realidad y dar el primer paso hacia el cambio definitivo”.



paga la señora de la tienda cuando le solicita ayuda, sobre todo el fin de semana. Así sobreviven.

“Si bien en Venezuela tengo la casa propia de mis padres, no sería fácil regresar sobre todo por la comida, aquí con dos dólares puedo dar el almuerzo a mis hijos, aunque sea un arroz con huevo. Además, los cinco primeros van a la escuela, ahí les dan libros y algunos útiles, tienen asegurada la educación”, señala como las mayores razones que la hacen echar raíces en suelo ecuatoriano.

Ha realizado varios cursos, aprendió panadería y manipulación de alimentos. Con el bono que le dio Plan Internacional, a través del proyecto ELLA, hizo empanadas de harina-pan con queso, carne y pollo, y vendió en el vecindario, con parte de la ganancia compró más ingredientes para seguir con esta actividad. “Mi deseo es tener un negocio propio: una carretilla para vender jugos naturales, empanadas y tostadas (sánduches) afuera del colegio que está en la esquina, ya pregunté a los/as profesores/as, y me ofrecen su apoyo, ahora solo falta el dinero para comprar la carreta; ya tengo la licuadora, la amasadora y el horno”.

Con extrema convicción, Keimbily enumera las tres cosas concretas de su plan de vida: terminar el bachillerato, cristalizar su emprendimiento y construir una casa. “Estoy dando los primeros pasos: ya rendí y aprobé el examen para estudiar el



bachillerato acelerado (un año), lo voy a hacer en línea durante la mañana mientras mis hijas e hijos están en la escuela, estoy buscando una guardería pública para dejar a la más pequeña y así tener tiempo para estudiar, trabajar y montar mi emprendimiento. Finalmente, con el fruto de mi trabajo, compraré un terrenito y construiré mi casa poco a poco”.

El círculo de mujeres es su espacio de sanación

Participar en el círculo de mujeres del proyecto ELLA de Plan Internacional está terminando de sanar su corazón y le da impulso para que su vida de ese gran giro que necesita. El círculo —afirma— es su espacio, le desestresa, le ayuda a olvidar los problemas. Si bien lleva a su hija menor, ahí la cuidan, ella juega y se distrae mientras mamá se aliviana. Las

otras hermanas y otros hermanos se quedan en casa al cuidado del hijo mayor, de 11 años, con supervisión de la dueña de casa.

“Converso con otras mujeres, sé que no estoy sola, nos ayudamos. En el círculo, he aprendido también a controlar mi carácter y a ser más paciente con mis hijas/os, a no dejarme llevar por lo que digan los demás, a quererme como soy”. La meditación con música suave es uno de sus momentos favoritos, lo siente como un instante de liberación, le gusta mucho y siempre piensa: “¡Qué esto no acabe nunca, por favor!”.

“Al verme al espejo compruebo que físicamente no soy ni la cuarta parte de lo que era a mis 15, 18 o 22 años; pero internamente antes no era ni la cuarta parte de lo que soy ahora. Veo el mundo de otra manera, con optimismo, y es lo que intento enseñar a mis hijas/os.

Esta es mi historia, no quiero que al final mi vida sea un relato triste, quiero que sea un testimonio de crecimiento, de resiliencia, de ejemplo de lo que se debe y no se debe hacer en la vida.

De corazón espero que la historia que he vivido y estoy viviendo sea tan fuerte que pueda impulsar un cambio de la vida de miles de adolescentes y jóvenes, si cambia la suya, créame, para mí será grandioso”.



Conclusiones



Las niñas, adolescentes y mujeres jóvenes migrantes lograron reconocerse como personas sujetas de derechos y autoras de sus propios proyectos de vida, gracias a los procesos de empoderamiento y fortalecimiento de sus capacidades que impulsó el proyecto ELLA.

Se cumplió la estrategia de Plan Internacional de fortalecer el liderazgo de adolescentes y jóvenes como agentes del cambio, imprescindible para promover espacios, donde ellas y ellos, puedan participar y trabajar con organismos públicos y privados, a fin de garantizar su acceso a los servicios de protección, y de salud sexual y reproductiva de calidad.

El promover en todos los espacios y actividades del proyecto la inclusión de personas venezolanas ha sido clave para crear acer-

camientos entre personas ecuatorianas y venezolanas, y así disminuir la discriminación y xenofobia.

La metodología de trabajo de clubes ha permitido que la interacción con los y las adolescentes trascienda de ser un proceso formativo de aprendizaje a una red de apoyo para fortalecer su autoestima, potenciar su proyecto de vida, así como incrementar su sentido de pertenencia y cohesión con el grupo.

‘Mis caminos de transformación’, la metodología desarrollada para el proceso formativo de adolescentes y jóvenes, permitió llegar con contenido científico, de manera oportuna y clara, con enfoques de género y derechos, que allanaron el camino para que las y los adolescentes identifiquen los patrones culturales que promueven la vio-

lencia, trabajen sobre ellos, los cuestionen, y se conviertan en activistas de la igualdad. El trabajo con padres y madres permitió, por un lado, sensibilizar sobre la importancia de la crianza positiva y la paternidad activa, dotándoles de herramientas para mejorar la relación con sus hijas e hijos; y, por otro lado, generar una relación de confianza para que los y las adolescentes y jóvenes asistan a los procesos formativos, y se sientan apoyados en todas las acciones que realizaron en los clubes.

El sólido posicionamiento de Plan Internacional como organización de desarrollo y ayuda humanitaria, con amplio reconocimiento interinstitucional y comunitario, le permitió al Proyecto ELLA actuar como nexo para que las organizaciones de la sociedad civil y las instituciones públicas, a nivel local, brinden atención y ayuda eficaz a la población objetivo.



El crear y fortalecer los Mecanismos Comunitarios de Protección en todos los territorios fue clave, ya que las personas adultas de las comunidades se han sensibilizado en su rol de protectoras de los derechos de niñas, niños, adolescentes y mujeres, y fueron aliadas en todas las acciones del proyecto, lo que asegura la sostenibilidad del mismo.

Se fortaleció la capacidad de acción y se apoyaron las propuestas de las entidades consideradas socias estratégicas, a fin de que hagan seguimiento y exijan el cumplimiento de los derechos de las niñas, del mismo modo, se consolidaron las gestiones tendientes a prevenir los casos de xenofobia, discriminación o violencia sexual basada en género.

El trabajar de cerca con las instancias de salud y protección como garantes de derechos permitió que las personas participantes en el proyecto conozcan sus servicios y se acerquen a los mismos. Además, han sido aliadas estratégicas fundamentales para dar respuesta a las diferentes situaciones de vulneración de derechos que se identificaron en la implementación del proyecto.

El Proyecto Ella demostró la importancia de brindar oportunidades de reconocerse y valorarse a las y los adolescentes y jóvenes, como Pamela, Danniela, John, Sara, Andrea, Diego... en condiciones de vulnerabilidad, y así sacar a flote su potencial y resiliencia.

Tenemos la seguridad que el trabajo realizado por Plan ha sido el impulso que requerían para salir adelante, sumar fuerzas entre ellas y ellos, y proyectarse a una vida plena que los lleve a la consecución de sus legítimos objetivos y metas.



**PROYECTO
ELLA** 

